

# El “Quemado” y Carlos III

Por José Alberto Cepas Palanca

El *Quemado* continua su trayectoria histórica de cementerio en cementerio (ver artículos anteriores sobre este imaginario personaje).

La *Cripta Real del Monasterio de El Escorial*, me sonaba familiar. Había estado algunas veces con anterioridad. En seguida vino lo que parecía un guardia o vigilante o guía.

- ¿Tiene permiso para estar aquí?

- No lo sé.

- ¿No lo sabe? ¿Cómo ha entrado aquí?

- Por la puerta, estaba abierta. Me echó una mirada terrorífica. – Lo siento, pero se tiene que ir.

- Disculpe, sólo he venido a instruirme sobre *Carlos III*.



*Carlos III*

- ¿Y por qué no se instruye leyendo su biografía?

- Ya lo hice, pero prefiero hacerlo aquí, que alguien como usted me cuente algo que no sepa. Seguro que sabe mucho más que yo. El guarda se quedó pensativo.

- ¿Sabe que nació en Madrid?

- Sí.

- ¿Quién fue su padre?

- Creo que *Felipe V.* Felipe de Anjou, que era nieto de Luis XIV, el rey Sol.

- Bien ¿Y su madre?

- No me acuerdo.

- Isabel de Farnesio. Una mujer muy atractiva, pero de armas tomar. Muy ambiciosa e intrigante y con un genio de mil demonios. La llamaban "*La Parmesana*", porque no paraba de comer mantequilla y queso parmesano. Se peleó con todo bicho viviente, haciendo guerras con media Europa y sangrando la Hacienda española, porque quería *colocar* a sus hijos en reinos europeos. Si le hubieran dicho que en la Luna había un reino disponible, allá hubiera ido para entronizar a cualquiera de ellos. Todos los colocó, sin dejar ni uno. Uno de sus logros está aquí enterrado. El que usted busca.

- Tampoco sabía eso.

- Poco sabe usted, me temo.

- Por esa razón estoy aquí.

- ¿Con quién se casó?

- María Amalia de Sajonia – tronó una voz lejana.



*María Amalia de Sajonia*

- Lo reconocí. Era el señor *oiga*, El guardia, sorprendido.
- Le dije que vendría.
- Me acuerdo, es más, le estaba esperando. Nos estrechamos las manos.
- ¿Y usted quién es? ¿Conoce a este señor?
- Ya lo creo. Es un señor que sabe mucho. Un verdadero sabio y maestro. Lo conocí hace algún tiempo en París, en la tumba de Godoy. Respondo de él.
- ¿Y yo que hago ahora?
- Se me ocurre que si le apetece y no le importa, se quede en nuestra tertulia. Así yo podré aprender de ustedes dos.
- No sé... no sé... Tengo trabajo ¿sabe usted?
- Se dice sabusté – aclaró el señor *oiga*. No pude por menos que reírme.
- ¿De qué se ríe?
- Es largo de explicar. Pero si tiene interés no tengo inconveniente en decírselo.
- Ya – aclaró el señor *oiga*. Volví a sonreír.
- ¿Pero qué tiene que hacer? ¿Limpiar los ataúdes? Aquí no hay más que muertos re-gios, pero muertos al fin y al cabo.
- ¡Hombre! Dicho así... pues no sé.
- ¿Empezamos o no?
- Bueno.
- ¿Quién va a hablar primero?
- Yo, que soy el nuevo.
- ¿En qué lugar nació exactamente *Carlos III*?
- En el viejo Real Alcázar de Madrid, en enero de 1716. El día no me acuerdo – contestó el señor *oiga*.
- El 20 – concretó rápido el guarda.
- ¿Cómo debo llamarle?
- Si no le molesta, llámele maestro, se lo merece – aclaré.
- ¿Por qué apodos se le conocía?

- “*El Político*”, y también por “*El Buen Alcalde*” y “*El mejor alcalde de Madrid*”.
  - ¿Qué títulos nobiliarios ostentaba?
  - Duque de Parma, Piacenza y Castro. Rey de Nápoles, de Sicilia y por supuesto de España – siguió el maestro.
  - ¿Quién fue su aya?
  - María Antonia Salcedo, marquesa de Montehermoso.
  - ¿Y su ayo?
  - Ahí me ha pillado.
  - El duque de San Pedro, Francisco María Spínola y Spínola y Francisco Antonio de Aguirre, hijo de la marquesa que he citado.
  - *Quemado* ¿le ha comido la lengua el gato?
  - ¿Cómo le ha llamado?
  - *Quemado*. Según él está muy quemado por la situación política en España. Afirmé con la cabeza.
  - Pues ya somos dos. Pregunto ahora ¿Qué idioma era el que se hablaba en la corte española en aquella época y que era la lengua de la diplomacia?
  - Eso sí que lo sé: el francés.
  - Bien. ¿Y quién se lo enseñó?
- Nadie respondió.
- Joseph Arnaud, que además le enseñó las primeras letras, lectura y escritura – repuso el guía.
  - ¿Saben que más tutores tuvo?
- Solo se oía el silencio.
- De moral, el padre Saverio de la Conca. De cultura general, otro cura, Ignacio Laubrusel.
  - Este señor sabe más que yo – apuntó el maestro en voz baja.
  - Aparte del francés y español ¿Qué otras lenguas hablaba?
- Nuevamente el silencio hizo su aparición.

- La toscana, lombarda y napolitana, que su madre, Isabel de Farnesio, le hablaba de pequeño, a veces en esos idiomas, pero ahora apenas ya se hablan. También chapurreaba algo de alemán.

- ¿Por qué creen que le enseñaron tantas lenguas italianas?

- Fue rey de Nápoles y Sicilia muchos años, con sólo 19 años de edad.

- Exacto. Fue rey de aquellas tierras concretamente 25 años, para ser más exactos.

- ¿Qué edad tenía cuando vino a hacerse cargo del reino de España?

- Sabe Dios.

- Tenía 43 años.

- Señor guía ¿Por qué no hace preguntas más sencillas? No somos enciclopedias ¿sábusté? - señaló el maestro con sorna.

- No hay inconveniente.

- ¿Quién fue fundamental para que la monarquía española mejorara notablemente su influencia en el ámbito internacional antes que el futuro Carlos se hiciera cargo de la monarquía en España?

- ¿Esa es una pregunta fácil? – señalé.

- Creo que el Secretario de Estado, José Patiño Rosales, que además impulsó y acrecentó la Marina española y los arsenales.

- Cree usted bien.

- Más sobre edades: ¿Qué edad tenía *Carlos III* cuando fue coronado rey de Nápoles?

El silencio apareció de nuevo.

- Diecinueve años.

- ¡Madre del amor hermoso! – aduje – no sé nada de nada.

- Yo tampoco estoy muy fino – argumentó el maestro.

- Y pensar que está enterrado aquí.

- Sí. Les indicaré donde. ¿Ven ustedes la inscripción “CAROLUX III HISPAN. REX” marcada con el número 13? A su derecha, su hijo y sucesor, Carlos IV “CAROLUS IIII HISPAN. REX” marcada con el 15. Su esposa, María Amalia de Sajonia, ocupa el nicho 14, se puede leer “MR.AMALIA HISP. REGINA”.

- Sí. Se ve claramente, pero el número 13 no me gusta – comenté.
- A él le da igual, no se va enterar nunca que número le han asignado en este pudridero real – apuntó el maestro.
- No le falta razón.
- ¿Y dónde está enterrado su antecesor?
- El cadáver de *Fernando VI*, hermanastro de *Carlos III*, fue trasladado al Convento de las Salesas Reales de Madrid, y al igual que se había hecho con los restos de su esposa, la portuguesa Bárbara de Braganza, los suyos fueron guardados en un sepulcro provisional debajo del coro. El mausoleo de *Fernando VI*, fue colocado en el lado derecho del crucero de la iglesia del Convento – dijo rápido el maestro.
- Bien. Es la actual iglesia de Santa Bárbara. Pregunto: ¿Qué otro personaje importante de la historia española está también enterrado en esa iglesia?
- El general Leopoldo O'Donnell y Joris.
- Exacto. Observo Sr. Maestro que usted es buen historiador.
- Más sabe usted.
- No estoy tan seguro. Me gustaría comprobarlo.
- Y a mí también – apunté.
- Pues vamos a demostrarlo. Ahora pregunto yo – contestó el maestro.
- ¿Dónde está enterrado su padre, *Felipe V*? Porque aquí se puede comprobar que no está.
- En el Palacio Real de la Granja de San Ildefonso, en Segovia – contestó el guía.
- Eso es – apuntó el maestro.
- Sigo preguntando. ¿Qué personaje principal se trajo *Carlos III* de Nápoles que ocupó un cargo muy importante en su reinado, en España?
- Fueron muchos, pero el que más destacó fue el marqués de Esquilache, Leopoldo de Gregorio, que ocupó el cargo de Secretario de Guerra. En realidad su nombre era Squillace pero cuando se castellanizó se quedó en Esquilache.
- ¿Y?
- Pues que debido a sus intentos de modernizar el país, con el despotismo ilustrado y todo eso, se buscó la enemistad de la mayoría de la nobleza y del pueblo llano, a causa de sus normas para cambiar la indumentaria que entonces había, que permitía ocultar

a la persona que la vestía y cualquier tipo de arma corta, desencadenándose el llamado motín de Esquilache. Pero hay que resaltar que Esquilache fue el que creó la Lotería en España, origen de la que tenemos hoy en día; el Cuerpo de Artillería; la Academia de Artillería radicada inicialmente en el Alcázar de Segovia; las ordenanzas sobre reemplazos y funcionamiento interno en el Ejército y la fundación de montepíos para viudas y huérfanos de militares.

- Sí señor. Reconozco que no puedo pillarle. En confianza le diré que cuando la próxima que juegue a la lotería, me acordaré de Esquilache y en donde esté, le pediré que me toque.

- No soy infalible y, sí, yo también haré lo mismo que usted.

- Siga preguntado Sr. Maestro que con este juego estoy aprendiendo mucho. Lo que se dice una *jartá*.

- ¿Empieza otra vez con sus palabrejas?

- No señor maestro. Ya no me oirá más hablar malamente.

- No me lo creo y sigo preguntando.

- ¿Por qué puerto entró el rey a su vuelta a España?

- Por el de Barcelona.

- ¿Por qué eligió ese puerto?

- Tenía implicaciones políticas. El recuerdo de la guerra de Sucesión quedaba ya atrás y eran muchas las cosas que habían cambiado desde entonces que, aun manteniéndose las leyes de la *Nueva Planta*<sup>1</sup>, pensó el monarca que podía intentarse una política más adecuada a las nuevas realidades y perspectivas.

---

<sup>1</sup> Los *Decretos de Nueva Planta* son un conjunto de decretos promulgados por el rey *Felipe V*, vencedor de la Guerra de Sucesión, por los cuales quedaron abolidas las leyes e instituciones propias del Reino de Valencia, Reino de Aragón, Principado de Cataluña y del Reino de Mallorca, todos integrantes de la Corona de Aragón que se habían decantado por el Archiduque Carlos, poniendo fin así a la estructura compuesta de la Monarquía Hispánica de los Austrias. La Nueva Planta también fue aplicada a la organización jurídica y administrativa de la Corona de Castilla. Formalmente, los Decretos eran una serie de Reales Cédulas por las que se establecía la “nueva planta” de las Reales Audiencias de los estados de la Corona de Aragón y a la Corona de Castilla. Concretamente en Cataluña: se abolieron las Cortes y el Consejo del Ciento; se sustituyó al virrey por un capitán general, al igual que en el resto de los reinos de la Corona de Aragón, se dividió Cataluña en doce corregidurías, como en Castilla y no en las tradicionales “veguerías” (jurisdicción abarcada por un magistrado), no obstante los Batlles (alcaldías) se mantuvieron; se prohibieron los somatenes (milicias populares armadas de Cataluña y Aragón); se estableció el catastro gravando propiedades urbanas y rurales y los beneficios del trabajo, el comercio y la industria; el idioma oficial de la Audiencia dejó de ser el latín y se sustituyó por el castellano. El decreto mantuvo el derecho civil, penal y procesal, al igual que el Consulado del Mar y la jurisdicción que éste ejercía, y no afectó al régimen político-administrativo del Valle de Arán, por lo que éste no fue incorporado a ninguno

- Es correcto. Pero hizo algo más en Barcelona ¿Quién lo sabe? Aparte de Dios, claro está – bromeó. Nadie dijo nada.

- Resulta que como los catalanes le hicieron unas manifestaciones que no esperaba y demostrando su generosidad, les perdonó los atrasos que debían de la contribución y les devolvió algunos de los privilegios - pocos, no se crean – que habían gozado antes de su rebelión en la guerra de Sucesión.

- A eso, yo le llamo mano izquierda – apunté.

- Por algo le llamaron *el Político* – señaló el magister.

- ¿Quién sabe el nombre del navío que trajo a *Carlos III* a España desde Nápoles? Y ya por preguntar ¿Cómo se llamaban los hijos del rey?

- No lo sé – reconocí.

- Creo que sus hijas se llamaban María Josefa, María Luisa y de los varones me acuerdo de Carlos que fue el futuro *Carlos IV*, Gabriel, Antonio Pascual y Francisco Javier, ignoro si se me escapa alguno más. El nombre del barco no lo sé. Esta pregunta tiene miga – apuntó el magister.

- Muy bien por los hijos. Hubo dos navíos que transportaron a toda la familia real; el *Fénix*, que llevaba a todos excepto los dos infantes más pequeños que iban en el *Triunfante*.

- Y luego, ¿a dónde fue? – preguntó el guía.

- Entró en Madrid el nueve de diciembre 1759, por cierto, en un día que llovía a mares y con una comitiva compuesta de más 1.800 personas entre acompañantes, servidores, caballerizos y Guardias de Corps. Fue directamente al palacio del Buen Retiro, donde le esperaba su madre; la Farnesio, ya más vieja y achacosa que una pasa, pues se tenía que apoyar en muletas para andar. Madre e hijo se dieron un abrazo. La muy ladina, contenta y muy feliz, de ver a su hijo... Por cierto ¿alguien sabe cómo le llamaba familiarmente a su hijo? – habló el maestro.

---

de los nuevos corregimientos en que se dividió el Principado de Cataluña. En la cuestión lingüística, a pesar de que el catalán dejó de ser la lengua oficial, todos los documentos de las diversas instituciones fueron redactados obligatoriamente en español. El siglo XVIII fue uno de los más fructíferos en cuanto a publicación de defensas de la lengua catalana, gramáticas y diccionarios, y el catalán siguió usándose tanto en la documentación notarial como en la literatura no oficial. De todas formas se acentuó la castellanización de la cultura que venía dándose a lo largo de toda la Edad Moderna, de tal modo muchos escritores catalanes de los siglos XVI y XVII escribieron en castellano, aunque generalmente estos autores no aparecen en las historias de la literatura catalana de esa época.

- *Carlet* – contestó rápido el guía. Yo estaba alucinado; ignoraba todo sobre el famoso monarca.

- En efecto. Decía – continuó el guía – que se sentía muy feliz de ver unos de sus logros conseguidos, quizá el mayor, su *Carlet* iba a ser jurado rey de las Españas, nada más y nada menos. Pero afortunadamente *Carlos III* no se dejó influir ni por su madre ni por su esposa, cosa que sí sucedió en los tiempos de sus antecesores *Fernando VI* y *Felipe V*, a pesar de que esposa y madre eran totalmente antagónicas; Isabel de Farnesio, italiana, ambiciosa e intrigante y que amaba con pasión el poder, representaba el pasado, en cambio para la germánica María Amalia de Sajonia el poder era un derecho y un deber de su rango y representaba el presente. Ninguna para el rey representaba el futuro.

- Sr. Maestro, le cedo la palabra. Lo pilló de improviso.

- Bueno, yo no sé tanto, pero lo intentaré – dijo el magister.

- No se preocupe, si tiene algún *lapsus*, lo intentaremos arreglar. No le pondré ningún *punto sobre las íes*. Quede tranquilo – indicó el guía.

- Tranquilo quedo. He leído que el rey conservó en su ministerio a los hombres que habían servido bajo el reinado de su antecesor, *Fernando VI*, dando pruebas de lo poco que le gustaba el cambio de personal. Parece ser que al único que reemplazó fue al conde de Valparaíso, José Elías de Garona y Barona, que lo sustituyó por el marqués de Esquilache por haber trabajado con él en Nápoles y del que ya se ha hablado. También levantó la condena al marqués de la Ensenada<sup>2</sup> y sacó de la cárcel de La Coruña al no-nagenario Melchor de Macanaz<sup>3</sup>.

- Sigue con la política de quita y pon – señalé.

- Así fue como se ganó el respeto de todos.

-Y no como los gobernantes que tenemos ahora... El guía me miró con cara extraña.

- Sigo, si no le importa Sr. *Quemado*. Por la manía que cogió su madre al cantante *castrati* italiano Farinelli<sup>4</sup>, por no quería acompañarla al palacio de La Granja en su retiro,

---

<sup>2</sup> Los problemas que surgieron a la hora de poner en marcha el Tratado de Madrid (1750) fueron tantos, y costaron tanta sangre, que quedaron al descubierto las negociaciones secretas que el marqués de la Ensenada y el padre Rábago, confesor de *Fernando VI*, mantenían con Francia y Carlos VII de Nápoles. Los dos fueron desterrados.

<sup>3</sup> Melchor Rafael de Macanaz (1670-1760), fue un abogado, escritor y político. Pasó encerrado buena parte de su vida a causa del regalismo. Perseguido y procesado por la Inquisición. Fue fiscal del Consejo de Castilla.

<sup>4</sup> De Farinelli decía Burney en su *Historia de la Música* “que tenía todas las circunstancias reunidas: la fuerza, la dulzura y la extensión, y su técnica era al mismo tiempo graciosa y de una admirable rapidez. Era superior a cuantos cantores se habían conocido antes: embelesaba, dominaba a los que oían, a los sabios como a los ignorantes, a los amigos como a los enemigos”. Bajo la instrucción de Nicola Pórpura –

cuando *Fernando VI* la expulsó de la Corte por querer entrometerse en los asuntos del gobierno, expulsó al cantante italiano de España. Pienso, que en eso hizo mal. Gracias a ese *castrati*, la ópera italiana se hizo muy popular en España, además, yo defiendo todo lo que implique cultura, y la música lo es.

- Y yo también – apoyé la moción.

- El caso es que en la iglesia de San Jerónimo, *Carlos III*, juró las leyes del reino y se reconoció a su hijo Carlos Antonio que tenía once años, como príncipe de Asturias. No me acuerdo el día exactamente.

- El 19 de julio de 1760, y ese Carlos Antonio fue el futuro rey *Carlos IV*, de infausto recuerdo para los españoles. Va muy bien – apoyó el guía. Yo seguía absorto con mi ignorancia supina. Escuchaba con mucha atención.

- Su mujer, María Amalia de Sajonia, no se adaptó, según creo, ni a Madrid, ni a los españoles. Siempre estaba acordándose de Nápoles. Decía “La comparación entre Nápoles con Madrid es deprimente, este villorrio pueblerino, destartalado, sucio y maloliente me hace perder el equilibrio, a Madrid le llaman *Palestina*, por la aridez de sus alrededores, y *Babel de Occidente*, por las constantes intrigas a que se dedican las damas”. Si a eso se le suma que tampoco se llevaba bien con su suegra, la Farnesio, de la que decía: “Ignora el valor de las cosas, no conoce el valor de las monedas, cuenta con los dedos, todo en ella es apariencia, sus ideas políticas son como si no hubiera pasado día por Europa, y cuando habla no hace más que valerse de unas cuantas máximas y después decir amén”. También decía: “¡Que clima!, especialmente para los que venimos de Nápoles; o llueve o hace viento o nos morimos de frío; cuando amanece un día bueno el calor agobia. Aún no he podido comer buenas fresas; no sé lo que pasará con las demás cosas”. O sea que a la buena señora se le juntó el hambre con las ganas de comer, como suele decirse.

- Va muy bien, Sr. Maestro – volvió a comentar el guía.

- La suegra tampoco hablaba mejor de la nuera, pero *Carlos III* se mostraba razonablemente satisfecho de la aparente armonía familiar. No se le olvide mencionar lo de los toros.

- ¿Qué toros? – pregunté curioso.

- Respondo yo – concretó el guía. Parece ser que esos comentarios que hacía la reina se los escribía a un tal Bernardo Tanucci, que creo que era conde; era un político tos-

---

compositor y maestro de canto italiano, competidor del músico alemán Georg Händel y profesor del músico austriaco Joseph Haydn - Farinelli adquirió una voz de maravillosa belleza.

cano, de los llamados ilustrados. Le decía también que una de las pocas cosas que le gustaban de España, eran los toros; asistió a muchas corridas en la Plaza Mayor, le decía que le daban mucho miedo, pero que le asombraba la sangre fría y la habilidad de los toreros y que el espectáculo le gustaba mucho.

- Vivir para ver – dije – y pensar que hoy en España hay zonas donde están prohibidas...

- Sr. *Quemado*, estamos hablando de *aquella* época, no de la actual - intervino el maestro, como reprendiéndome.

- Es que las cosas son como son. En fin, me callo.

- Mientras María Amalia de Sajonia vivió – continuó el magister – España vivió un período de paz, pues *Carlos III* le hacía caso a la reina, que era pacifista. Hay que reconocer que ella tenía un talento superior el de su marido en esos temas; España se mantuvo neutral en las guerras que mantenían Austria y Prusia frente a Francia e Inglaterra, siguiendo la política de “paz con todos, guerra con nadie” que decía *Fernando VI*.

- No sabía que *Fernando VI*, fuera pacifista, de lo que se entera uno – me salió del alma. Mis dos colegas, ya me empezaban a mirar de mala manera.

- Lo malo – continuó el maestro - es que cuando el rey enviudó, se enredó en unas guerras que le trajeron más fracasos que victorias.

- Interrumpo: he oído hablar de la victoria que Bernardo de Gálvez, un importante militar, tuvo contra los ingleses en la Florida americana – comenté digno y presuntuoso.

- Cierto es, pero, si no le importa, ya llegaremos a eso – atajó el magister.

- A todo esto, va la reina y se nos muere a los 37 años, dejando a su marido hecho unos zorros, habiendo vivido con él creo que unos 22 años – señaló el guía.

- ¿De qué falleció? – pregunté.

- Hubo varios motivos: tuvo 13 partos; antes de venir a España ya se quejaba de tos y fiebres; catarros mal curados; el duro clima de la meseta castellana; consecuencias de una caída de caballo que tuvo en la isla de Prócida, situada en el golfo de Nápoles, para el que no lo sepa. Los historiadores dicen que murió de tuberculosis pulmonar. El caso es que *Carlos III* quedó desolado y más solo que la una, - compuesto y sin novia, en este caso sin mujer - pero curiosamente siempre le fue fiel desde que la enterraron en el lugar en donde ahora nos encontramos – dijo el guía señalando el lugar que su ataúd ocupaba, en el nicho 14.

- ¡Vaya por Dios! – exclamé. ¿Nunca se volvió casar?

- No, nunca. Decía que era el único disgusto que le había dado su esposa en todos sus años de matrimonio. Siga usted Sr. Maestro, que veo que sabe más de lo que da entender, yo tengo sed y voy a beber algo de agua ¿Desean que les traiga una jarra de agua bien fría?

- No, muchas gracias – dijimos al unísono.

- Vuelvo en seguida.

- ¿Qué hizo entonces? – pregunté.

- Amigo *Quemado*, no sea zopenco, le ruego que se guarde sus comentarios, a mí no me molestan, pero a nuestro guía, persona muy afable, no lo sabemos. Sus bromas, o lo que sea que intenta decir, nos puede costar que nos echen a la puñetera calle ¡con el frío que hace en El Escorial!

- Bueno, aquí no hace precisamente calor. Señor *oiga*, no puedo evitar hacer comparaciones con la España que nos ha tocado en suerte. No señor, me resulta muy difícil – señalé.

- Pues tendrá que hacer lo posible y lo imposible. Aquí estamos para aprender, esto no es lo mismo que en París, donde estábamos los dos solos y allí no entendían el español. ¿De acuerdo?

Tardé unos minutos en decir “De acuerdo”. No había acabado de dar mi conformidad, cuando reapareció nuestro guía. Traía una jarra de agua, con unos vasos que depositó en un nicho vacío, diciendo que no iba a venir nadie.

- ¿Sigo yo o usted? – preguntó el guía.

- Le relevo.

- Bien.

- Después del fallecimiento de esposa, *Carlos III* se dedicó de lleno al gobierno, porque según él, había muchas cosas por hacer; justicia, ejército, marina, comunicaciones, sanidad pública y especialmente urbanización. Casi todas las construcciones que existen en Madrid son obra suya. Aceleró las reformas que tenía *in mente*, ya que desde 1581, Madrid había permanecido estancada en su estructura urbana. La falta de higiene y el estado de las calles eran deplorables; no tenían empedrado, las aceras y alcantarillas se convertían en cenagales y en ríos intransitables cuando llovía, las inmundicias, arrojadas a la vía pública, - ¡agua va! - por lo que los cerdos deambulaban a su santa voluntad y con total tranquilidad, hociqueando entre las basuras, provocando un hedor insoportable. El agua escaseaba y había pocas fuentes para abastecer a una población que iba en aumento. El rey que había transformado Nápoles de arriba abajo, no podía soportar el aspecto insufrible que ofrecía la capital de su reino, por eso hizo

venir urgentemente al magnífico arquitecto siciliano Francisco Sabatini, para que acometiera la ardua tarea de urbanizar Madrid.



*Francisco Sabatini*

- ¿Qué obras hizo? – preguntó el maestro.

- Muchas – contestó el guía - en Madrid sustituyó al arquitecto turinés Juan Bautista Sacchetti en las obras del palacio real de Madrid hasta su conclusión; realizó las instrucciones de alcantarillado, empedrado y limpieza de la corte para el adecentamiento de la ciudad de Madrid; construyó la Real Casa de la Aduana en la calle de Alcalá, actual sede del Ministerio de Hacienda; realizó junto con Francisco Gutiérrez los sepulcros de *Fernando VI* y Bárbara de Braganza, que se encuentran ubicados en la iglesia de las Salesas Reales; construyó el convento de San Pascual de Aranjuez; dirigió las obras de remodelación de la Cuesta de San Vicente; comenzó la prolongación del ala sureste del Palacio Real; reedificó el monasterio de las Comendadoras de Santiago; proyectó y construyó la Puerta de Alcalá; proyectó y construyó la traza primitiva y la Puerta Real del Real Jardín botánico; construyó la Puerta de San Vicente; construyó la Casa de los Secretarios de Estado y del Despacho, en la calle de Bailén, al noreste del Palacio Real, también conocida como Palacio del Marqués de Grimaldi y Palacio de Godoy; continuó las obras, que había iniciado José de Hermosilla durante el reinado de *Fernando VI*, del Hospital General, un enorme edificio en la zona de Atocha, parte del cual ocupan hoy el Centro de Arte Reina Sofía, el Conservatorio y el Colegio de Médicos; finalizó la construcción de la Real Basílica de San Francisco el Grande, donde

su trabajo se centró en la fachada, pues la gran cúpula ya se había concluido; construyó el convento de franciscanos de San Gil en el Prado de Leganitos; construyó los palacios de Altamira y Liria; la Casa de Correos, que es donde está actualmente ubicada la Presidencia de la Comunidad de Madrid; la Academia de Bellas artes – iniciada por *Fernando VI* -; las fuentes de Cibeles, Neptuno y Apolo; transformó el Paseo del Prado – antes un lugar peligroso - cambió la orientación de la escalera principal del Palacio Real por deseo de *Carlos IV*; participó en las obras de reconstrucción de la Plaza Mayor tras el incendio de 1790 y, construyó diversas obras en la Casa de Campo, entre ellas el Puente de la Culebra.

- Un poco de agua, por favor; tengo la boca reseca.

A la velocidad del rayo le llevé un vaso de agua. Se lo bebió de un tirón.

- Sigo: fuera de la corte: la Real fábrica de Armas de Toledo; el cuartel de la Guardia Walona en la localidad de Leganés, actualmente parte de la Universidad *Carlos III* de Madrid; el Real Monasterio de San Joaquín y Santa Ana en Valladolid; el convento de las Comendadoras de Santiago en Granada; la Capilla de la Inmaculada en la catedral del Burgo de Osma, también llamada *de Palafox*; el retablo de la Virgen de la Paz o retablo del altar mayor, de la catedral de Segovia.

- ¡Jesús, María y José! ¿Todo eso? – exclamé atónito.

- Todo eso y más cosas, que todavía no he acabado.

- ¿Más todavía?

- Sabatini embaldosó los frentes y costados de las casas; dotó a los edificios de aleros en los tejados y canalones para el desagüe, construyó pozos negros para las aguas inmundas y sumideros para las limpias. Los vecinos sin excepción debían barrer y regar diariamente las delanteras de sus casas; organizó la recogida de basuras para evitar que el vecindario no arrojara las inmundicias a las calles. Para que se cumpliera estas instrucciones y normas de higiene, se organizó la milicia urbana. Los ciudadanos, aunque fueran muy leales al monarca, manifestaban su disgusto y disconformidad. Sobre esto decía el rey: *Mis súbditos hacen como los niños, lloran cuando se les lava la cara* y...

- Les voy a relatar una anécdota - interrumpió el maestro - que aunque ocurrió durante el reinado de *Felipe IV*- puede muy bien valer a esta época: Era en tiempos de Quevedo. El genial poeta, porque le daba la gana y además era normal en aquella época, hacía sus necesidades urinarias muy cerca de donde vivía, en plena calle, y que era un barrio que era el mentidero de la *tía Cotilla*. Un día se encontró en la pared donde orinaba una cruz y un papel pegado que decía: “donde hay una cruz no se mea”. Ni corto ni

perezoso lo tachó y escribió: “donde se mea no se pone una cruz”. Tenía razón, él había llegado primero.

El guía y yo nos echamos a reír. El guía retomó la palabra.

- Entonces existía la absurda creencia en el Protomedicato<sup>5</sup>, que el sutil aire de Madrid, procedente de la Sierra de Guadarrama, causaría mucho daño si no se impregnaba de vapores inmundos. Cuando Esquilache puso en conocimiento al rey de estos argumentos, éste respondió: *Ahora, pues, disponlo todo para que se limpie Madrid, que en el primer momento que yo vea ratificado lo que dicen los médicos antiguos, en mandando que se arroje todo por la ventanas con más fuerzas, remediaré fácilmente el daño.*

- ¿Pero cómo podían vivir con tanta porquería? No lo entiendo. Me imagino que habría muchas enfermedades – intervine.

- Por supuesto, y una de ellas era la peste, que causó millones de muertos en toda Europa. Sigo: Madrid era una ciudad oscura, similar al resto de sus coetáneas europeas; había mucha inseguridad, por eso *Carlos III*, con buen tino mandó iluminar las calles con farolas, desde el anochecer hasta las doce de la noche, para obviar – decía – los escándalos, robos, y otros insultos que facilita la oscuridad de la noche. A los nocturnos, como era lógico, no les gustó tal medida, pero, a su pesar, Madrid, como se dice, empezó a “ver de noche”. También quiso nuestro rey mejorar y adecentar el aspecto exterior de sus ciudadanos; se pusieron en marcha las disposiciones de *Fernando VI* relativas a teatros y corrales, que prohibían la entrada a todos aquellos que fueran con capa, gorro o embozo, y que en los balcones no se pudieran celosías, ni que hubieran mujeres con los rostros cubiertos con mantos. Para evitar esto hizo fijar un bando en el que se prohibían el uso de estas prendas. Prohibió el uso de armas cortas de fuego, de cuchillos y puñales para atajar, o al menos intentarlo, las frecuentes riñas, desafíos y asesinatos, favorecidos por la costumbre de ir embozados. El rey y sus ministros, empeñados en corregir las costumbres públicas aplicaban inmediatamente los correctivos señalados.

- Ahora entiendo porque se organizó el motín de Esquilache – señalé.

- Adelante, es su turno – dijo el maestro. Ilústrenos.

- He leído en no sé dónde que hasta tal punto llegó el descontento por semejantes medidas que prohibían la capa larga y el sombrero de alas anchas y redondo, el chambergos creo que le llaman, que desde hacía mucho tiempo que se utilizaban, y que había obligatoriamente que sustituirlos por la capa corta y el sombrero de tres picos, que

---

<sup>5</sup> El Real Tribunal del Protomedicato fue un cuerpo técnico encargado de vigilar el ejercicio de las profesiones sanitarias (médicos, cirujanos y farmacéuticos), así como de ejercer una función docente y atender a la formación de estos profesionales. Creado en España en el siglo XV; en el siglo XVI se extendió a las colonias. Fue suprimido a principios del siglo XIX.

en Aranjuez se organizó una verdadera revolución en la que hubo muertos y heridos. Por lo visto a la gente no le gustaban los cambios y más si eran tan personales como la vestimenta; vamos, es como si te obligan a cambiar de novia o de mujer alegando que *o no se estila o es mejor para tu seguridad*. No me extraña que la gente protestara. Yo lo habría hecho sin dudarlo.

- Ya sé que usted amigo *Quemado* es medio revolucionario. Fuera de eso, le felicito por su buena disertación. Debe seguir así. El grupo es de tres que yo sepa. ¿Desea seguir usted? El guía aprobó la moción.

- No, yo tengo todavía mucho que aprender todavía. Ya llegará el día en que yo sólo explique la historia. Todo se andará.

- ¿Continuo yo? – inquirió el guía – Que sepan que quedan unas tres horas para cerrar este pudridero. Por mí adelante – señaló.

- Hay que añadir que el llamado motín de Esquilache se agravó porque por aquellas fechas aumentó considerablemente el precio del pan, debido a la ristra de malas cosechas que habían tenido los agricultores. También influyeron los gastos de la guerra agudizando los problemas de la Hacienda Real. Como consecuencia, todo subió: el pan, los alquileres, las obras; en resumen subieron todos los precios. Esquilache defendía a capa y a espada, nunca mejor dicho, las innovaciones que había hecho, con conocimiento del rey, que estaba de acuerdo. Mandó prohibir la máscara que se usaba, por motivos de seguridad fundamentalmente, la capa había que llevarla corta, hasta media pierna, y el sombrero de tres picos, para que todos fueran con la cara descubierta. La reforma fue muy impopular desde el primer día. Esa misma noche fueron arrancados los pasquines y bandos que Esquilache había mandado pegar en las paredes de las calles. Al día siguiente se veían a los sastres que acompañados por alguaciles recorrían las calles poniendo multas a los infractores o metiéndolos en los portales, donde se les recortaban las capas y apuntaban los sombreros.

- Pero –interrumpió el *Quemado*- no hay que olvidar que aunque Esquilache era el cabeza visible, detrás estaban apoyándole el propio rey y el ministro de Hacienda, defensores a ultranza de las reformas iniciadas. ¿Sabe alguien quien era ese ministro? ¿Y si había otro ministro, quien era?

- Pedro Rodríguez de Campomanes, conde de su apellido y el otro ministro era Zenón de Somodevilla, más conocido como el marqués de la Ensenada – replicó rápido el guía.

- No le puedo pillar, me da vergüenza decir que está bien – señaló.

- Pues no debería, no debería. Siga por favor, que lo está haciendo muy bien – dijo el magister.

- La opinión pública veía a Esquilache como un extranjero que se estaba haciendo muy rico a costa del pueblo español.



*El marqués de Esquilache*

- ¿Se acuerda de unos versos que le dedicaron? – preguntó el guía. - No – contesté.

“Yo, el gran Leopoldo primero/marqués de Esquilache, augusto/rijo la España a mi gusto/y mando a Carlos Tercero/Entre todos me prefiero/ni lo consulto ni informo/al que obra bien lo reformo/y a los pueblos aniquilo/y el buen Carlos, mi pupilo/dice a todo: me conformo”.

- El motín estalló el 23 de marzo – continué – que era domingo de Ramos. Un grupo de embozados se dirigió a la casa de Esquilache. La noticia se había extendido como la pólvora; forzaron la puerta, por cierto, ¿en dónde vivía?

- En la Casa de las Siete Chimeneas, en la plaza del Rey, esquina a la calle de las Infantas – contestó el maestro.

- No hay forma...Bueno, pues que la saquearon, pero no encontraron ni a Esquilache, ni a su mujer. Por cierto ¿Cómo se llamaba ella?

- Nunca se casó – dijo el guía.

- ¡Recristo! Le pillé – sonreí.

- ¿Por qué? – oí la voz del magister.

- Porque el que nunca se casó fue Ensenada. La mujer de Esquilache se llamaba Josefa Berdugo y era catalana - aclaré.

- Es usted un tramposo – señaló el maestro.

- Bueno – terció el guía – no entremos en discusiones, que no conducen a nada. Continúe Sr. *Quemado*. Sabe usted más de lo que yo creía.

- El caso – reanudé – es que a un criado de Esquilache lo mataron por impedir a la turba entrar en la casa; tiraron los muebles por las ventanas y les prendieron fuego en la calle, incluido un retrato del marqués. Hubo quien destrozó las farolas cercanas a la casa que Sabatini había construido. Después, los manifestantes se dirigieron a palacio gritando: “¡Viva España! ¡Viva el rey! ¡Muera Esquilache!”. Querían presentar al rey sus quejas, pero el jefe de la Guardia Real, duque de Arcos, logró detenerlos y convencerlos que transmitiría sus reclamaciones. Al final, el motín se fue apaciguando poco a poco. Pero los alborotos no habían terminado; al día siguiente la multitud volvió a congregarse frente al palacio real. Los amotinados chocaron con el cordón de seguridad que habían hecho las Guardias Walonas<sup>6</sup>, cuerpo militar muy odiado porque eran extranjeros. Hubo enfrentamientos serios pero la parte española de la Guardia Real no intervino. Hasta varios Guardias Walonas, sorprendidos por las calles, que fueron asaltados y asesinados por la multitud.

- ¿Puedo parar y descansar? – pregunté.

- Ya sigo yo – dijo el guía.

- Se armó un lío de todos los demonios. *Carlos III* reunió a los consejeros disponibles. Había opiniones para todos los gustos; el jefe de la Guardia Real, duque de Arcos, el comandante de las Guardias Walonas, conde de Priego y Félix Gazzola, conde de Gazzola<sup>7</sup>, comandante general de la Artillería, se inclinaban por una represión dura. Otros, en cambio, como el capitán general, conde de Revillagigedo, el marqués de Sarria, jefe de la Guardia Española y el mayordomo mayor, conde de Oñate, único civil de la reunión, eran contrarios a utilizar la fuerza; decían que algunas de las peticiones eran razonables. Según testigos, el conde de Revillagigedo, puesto de rodillas ante el rey, declaró que se retiraría del cargo antes que ordenar a sus tropas disparar contra el pueblo. *Carlos III*, siempre prudente, descartó una represión violenta inclinándose por la moderación. Aquí intervino un predicador: el padre Cuenca, como representante de los amotinados para presentar el monarca su peticiones: destierro inmediato de Esquilache; sustitución de los ministros italianos por españoles; supresión de la Guardias Walonas; abaratamiento de los víveres; supresión de la Junta de Abastos; acuartelamiento del Ejército y anulación del decreto sobre capas y sombreros y que todas las concesiones fueran garantizadas por el rey. El fraile en cuestión, con la cabeza cubierta de ceniza, una soga al cuello y un crucifijo en las manos, en señal de penitencia por lo

---

<sup>6</sup> La Guardia Walona fue un Cuerpo de Infantería reclutado originalmente en los Países Bajos, fundamentalmente en la Valonia católica. Reclutados para misiones de alto riesgo y para seguridad ciudadana. Los guardias tenían que ser muy altos.

<sup>7</sup> Fue el creador de la Academia de Artillería en el Alcázar segoviano. Actualmente asentada en el convento de San Francisco, en Segovia.

sucedido y para implorar la piedad real, cumplió su cometido comunicando posteriormente a los amotinados que el rey accedía a todas sus reclamaciones.

- Tengo entendido que la gente no se fiaba – apuntó el magister.

- Correcto, el rey tuvo que salir en tres ocasiones para decir a la multitud congregada que accedía a lo solicitado, de mala gana, porque estaba asustado, indignado y humillado; su poder había sido doblegado y discutido. Se sentía traicionado porque consideraba que el amor, el respeto y la fidelidad que sus súbditos le debían, habían fallado completamente. Sin saber qué hacer, decidió alejarse de Madrid, lo que demostraba una radical desconfianza hacia el pueblo madrileño.

- Lo que no entiendo es porqué se tuvo que largar – barrunté – creo que fue una cobardía; su deber como rey es estar al frente de su pueblo, máxime cuando él defendía y apoyaba esas reformas. Yo lo hubiese hecho.

- Pero tú no eres el rey. No sabemos lo que pasaba por su cabeza. Además aquellos tiempos son distintos a los actuales. La vida, la forma de ver las cosas y las costumbres eran diferentes, creo que...

- Señores - interrumpió nuestro guía - que el tiempo no sabe de costumbres y corre que se las pela, y queda todavía mucho que hablar. Debemos seguir.

- De acuerdo, ¿Hablo yo ahora? – señaló el maestro. Por mí conforme – dije.

- Como consecuencia del motín, algo especial se rompió irremediamente aquél día en el vínculo que unía al monarca con su pueblo. Después, ya nada sería igual. El rey se quedó traumatizado por los sucesos. Independientemente de los problemas generados, el monarca, aunque obligado por la presión del momento, había prometido el perdón de los amotinados pero no estaba dispuesto a dejar sin castigo tan graves actuaciones. Su primera reacción no fue muy acertada; se largó a Aranjuez aquella misma noche en el mayor secreto saliendo con toda su familia por una puerta falsa de palacio, donde había hecho marchar las Guardias Walonas para su guardia.

- Lo que yo decía, es un cobardía – señalé. El guía aparentó no oír nada.

- Al día siguiente, 25 de marzo, fue el pueblo de Madrid el que se sintió humillado y asustado, al descubrir que el rey se había marchado. Habían confiado en él, pensando que como máximo garante de la justicia actuaría de forma que no sintieran solos, pero les había fallado. Había huido; no se fiaba de ellos. De nuevo las multitudes volvieron a ocupar las calles madrileñas y poco faltó para que marcharan sobre Aranjuez. Al final, los ánimos se volvieron a serenar; optaron por la mediación del presidente del Consejo de Castilla, el obispo Diego de Rojas, personaje sin influencia política. Le encargaron que llevara a Aranjuez, donde estaba el monarca, las reclamaciones que anteriormente le habían hecho y pidiendo que volviera a Madrid.

- ¿Volvió o no?

- Lo sabe usted de sobra. Para que sepamos lo que ocurrió, si no le molesta, continúe usted, porque lo sabe ¿O no? El magister se echó a reír.

- ¡Psché! Lo intentaré – respondí orgulloso.

- Pues resulta que *Carlos III* tardó nada menos que ocho meses en regresar a Madrid, aunque la ciudad fue recuperando poco a poco la tranquilidad; las armas capturadas durante el motín fueron devueltas y los precios de los alimentos bajaron. El amigo Esquilache fue sacrificado pero aunque siguió con el agradecimiento del rey por sus servicios, tuvo que salir de España, camino de Italia a donde fue a Génova como embajador, después de pelear para defender su honra. Salió maldiciendo a todo bicho viviente; “yo he limpiado Madrid, le he empedrado, he hecho paseos y otras obras... que merecería que me hiciesen una estatua, y en lugar de esto me ha tratado tan indignamente...”.

- ¿Fue tratado tan mal? ¿Hubo justicia con él? – inquirió el magister.

- Había mucho que hablar – repuso el guía – lo primero es que hay que reconocer que a los italianos que ocupaban cargos en el gobierno los trajo el rey, después que los madrileños ignoraban las ventajas de la limpieza de las calles porque nadie se lo había explicado, y por último está el tema de las capas. Ya hemos comentado que en aquella época había muchos robos y asesinatos a mansalva, especialmente por la noche, y que a los ciudadanos tampoco se les explicó con total claridad el porqué de los recortes de las capas. Para mí, la causa más importante fue la falta de información clara y precisa. Pero a decir verdad ¿Quién era el rey? Era el que mandaba. El que manda siempre es el máximo responsable de lo bueno y malo. Con eso contesto a la pregunta.

- Estoy de acuerdo, pero si esa norma se aplicara al rey actual, no sé lo que pasaría – comenté.

- *Quemado*, por el amor de Dios, ¿Cuándo vas a dejar de hablar de política? Estamos en el siglo XVIII y no en el XXI – rezongó el maestro.

- Vale, vale. Pero que conste que en aquella época también había política.

- Ahora entra en escena el conde de Aranda – retomó el tema el guía - ¿Cómo se llamaba?

- Pedro Pablo Abarca de Bolea – contestó rápido el magister – que por cierto era masón, es más, creo que fue el primero de los máximos dirigentes de la masonería en aquella época, cuando ésta estaba entrando en España procedente de Inglaterra – aclaré.

- Estamos de acuerdo en eso – siguió el guía – pero el problema del que hablamos, aunque solucionado en Madrid, no lo estaba en el resto del reino; se contagió a muchos lugares y en el mes de abril el país entero se hallaba abocado a una insurrección general, produciéndose motines de una manera simultánea motivados por la carestía de los víveres y la inacción del gobierno nacional y municipal, pues había mucha corrupción. El rey se salvaba.
- La maldita corrupción, la enfermedad maldita de España – señalé.
- *Quemado*, sin ánimos de faltarte y sin que te molestes, eres un auténtico coñazo ¿Lo sabías? - apuntó el magister. El guía se echó de nuevo a reír.
- Los motines se generalizaron por Castilla la Vieja, la Nueva, el País Vasco, Murcia; muy numerosos y alarmantes en Andalucía, Extremadura y Aragón. Hubo derramamiento de sangre en Zaragoza donde comenzaron a circular pasquines contra el intendente y los grandes mercaderes, acusándoles de usureros y achacándoles la miseria del pueblo. El motín estalló en la capital maña el día seis. Los alborotadores saquearon la casa del intendente que se pudo refugiar en la Aljafería<sup>8</sup>. Las autoridades no podían controlar la situación. Los curas tampoco pudieron hacer nada a pesar de que recurrieron al tradicional sistema de sacar a la calle el Santísimo Sacramento. Curiosamente fue un grupo de campesinos quienes detuvieron la violencia enfrentándose a los amotinados y tras una corta refriega, lograron dominar a los revoltosos e imponer la calma. Terminado el motín, las autoridades pasaron a la acción. Ahorcaron a once manifestantes y encarcelaron a muchos con graves penas de prisión.
- Vivir para ver. El pueblo contra el pueblo ¡Valiente autoridad! - manifesté.
- Mi paciencia se ha agotado *Quemado*. Me voy. Volveré mañana – dijo muy enfadado el magister desapareciendo del real pudridero.
- Bueno, la verdad es que es hora de cerrar – comentó el guía.
- ¿Podía quedarme aquí esta noche? – pregunté al guía.
- ¿Aquí? ¿Toda la noche?
- Sí, voy a ver qué pasa. A fin de cuentas tengo entendido que *Carlos II*, venía aquí para hablar con su padre *Felipe V*, porque según él, en vida, no le había dados las suficientes

---

<sup>8</sup> La Aljafería es un palacio fortificado construido en Zaragoza en la segunda mitad del siglo XI por iniciativa de Al-Muqtadir como residencia de los reyes hufés de Saragusta. Este palacio de recreo (llamado entonces «Qasr al-Surur» o Palacio de la Alegría) refleja el esplendor alcanzado por el reino taifa en el periodo de su máximo apogeo político y cultural.

muestras de cariño, y también venía a hablar con sus antepasados cuando sabía que estaba cerca de morir. Estaba como una cabra.

- ¿Y quiere usted hacer lo mismo? Entonces eso me indica que usted está tan loco como él, sino más, aparte de que está prohibido. Aquí no puede estar nadie que no esté acompañado por un guía.

- Pues quédese aquí conmigo.

- ¿Yo? Pues no tengo otra cosa mejor que hacer que pasarme aquí la noche con un montón de muertos y con uno, que, aunque esté vivo va camino de hacerles compañía *per omnia secula seculorum*. No. Nos vamos los dos.

Salimos del Monasterio. Yo, como buen vagabundo que era, me arrebujé contra uno de los muros del Monasterio, comí algo de butifarra y me mojé el gaznate con vino de Cariñena que tenía en mi bota. Y me puse a pensar. Sólo veía un mar de estrellas y no hacía mucho frío. Era agosto.

- ¿Seguimos o no? – alguien me estaba espabilando. Era ya de día y había movimiento de gente.

- ¡Hay *Carlos III*! Podías haber puesto un camastro aquí para los vagabundos – refunfuñé mientras me desperezaba.

- Vagabundos que saben mucho –replicó el guía.

-¿Seguimos sin su amigo?

- Ya vendrá. No se preocupe.

- Decíamos ayer que los motines que en Guipúzcoa, la *matxinada*, también resultó muy violenta. El motín tuvo muchos perfiles; fue de hambre pero que tocaron cuestiones sociales, movimiento antiseñorial y anticlerical. Grupos armados recorrieron la provincia exigiendo a los señores, nobles y eclesiásticos, la rebaja de las rentas, diezmos y primicias y no sé cuántas cosas más. Como en Zaragoza hubo enfrentamientos, entre la nobleza contra los amotinados...

- Es el caso del conde de Peñafiorida y del marqués de Narros<sup>9</sup> que con la ayuda de sus caseros redujeron a los sublevados – se oyó lejana, pero fuerte, la voz de nuestro maestro - la justicia castigó a muchos y otros escaparon a Portugal, además se encarceló al marqués de la Ensenada y se sospechaba del duque de Alba y especialmente de los jesuitas, acusándose al abate Gándara<sup>10</sup>, muy amigo de *Carlos III* a causa de una co-

---

9 Joaquín María de Eguía Aguirre, tercer marqués de Narros (1733-1803) fue un ilustrado español.

10 Miguel Antonio de la Gándara Pérez o Abate de Gándara (1719- 1783) fue un abad, ensayista y economista.

rrespondencia sospechosa que se le encontró. Este hecho trajo consecuencias muy graves para la Compañía de Jesús, como se verá posteriormente.

- Buenos días señor *oiga* – le saludé. Me miró con ojos asesinos.

- Fue ese año 1766 un año funesto para nuestro rey. Se sospechaba que Francia estaba detrás de todo, aparte de los ya comentados, pero estos problemas lejos de amilanar al rey, le confirmaron más aún en sus propósitos reformistas. Aparte, su madre, la intrigante Isabel de Farnesio, a la que tanto debía, falleció.

- Se olvida del tema del regalismo – puntualizó el magister.

- Es verdad. El rey – continuó el guía – siguió la política desarrollada en su reinado napolitano; una actitud decididamente regalista<sup>11</sup> que según el Concordato de 1753 con la Santa Sede, reconocía al monarca español el “patronato universal” sobre las dignidades eclesiásticas. En cualquier caso el rey planteó una línea dura en sus relaciones con el Papa con la Iglesia. Y eso no gustaba.

- Tras el motín de Esquilache, el ya citado conde de Aranda fue el que mandaba claramente en España. Era un aristócrata militar muy rico y muy culto. Inicialmente – seguía explicando – fue nombrado embajador en Polonia hasta que comenzó la guerra de los Siete Años en la que España se vio involucrada, siendo Aranda el que mandaba los ejércitos en la campaña contra Portugal. Pero el rey contó además con dos fiscales del Consejo de Castilla, reformistas también; Pedro Rodríguez de Campomanes<sup>12</sup> y José Moñino<sup>13</sup> ¿Quiere seguir usted? – se dirigió al magister.

- Bueno. Lo primero que hizo Aranda es conseguir la vuelta del monarca y que las instituciones y clases dirigentes representativas de la sociedad, condenaran el motín. *Carlos III*, siguiendo las instrucciones del Consejo de Castilla revocó las concesiones hechas a los amotinados, por el mal ejemplo que suponían, pero con la condición: *quiero subsista la gracia del indulto*, así demostraba su poder y al tiempo su clemencia. Al final, como hemos visto, Esquilache se tuvo que largar y la Junta de Abastos<sup>14</sup> no fue restablecida, pero las rebajas alimenticias las anuló, pero aumentó las importaciones de cereales y se mejoró el sistema de pósitos<sup>15</sup>. Cuando volvió el rey a Madrid, el pueblo lo recibió con entusiasmo, y entre la multitud no se vio ningún sombrero chambergo ni

---

11 Influencia y poder civil sobre ciertos asuntos de la Iglesia.

12 Pedro Rodríguez de Campomanes y Pérez, primer conde de Campomanes (1723-1802) fue un político, juriconsulto y economista español. Fue nombrado ministro de Hacienda en el primer gobierno reformista del reinado de *Carlos III*.

13 José Moñino y Redondo, I conde de Floridablanca (1728-1808), fue un político que ejerció el cargo de Secretario de Estado en tiempos de *Carlos III*.

14 Institución del Antiguo Régimen para controlar el sistema alimenticio.

15 Un pósito era un depósito de cereales de carácter municipal cuya función primordial consistía en realizar préstamos de cereal en condiciones módicas a los vecinos necesitados.

capa alguna. – Siga usted *Quemado*, si no le importa. Le ruego me disculpe por lo de ayer.

-¡Bah! Pelillos a la mar. El rey, ya cuando estaba en Nápoles deseaba disminuir el poder y la influencia, que con sus dineros, había alcanzado el clero. El desmesurado poder de la Compañía de Jesús, despertaba gran preocupación, tanto en los gobiernos europeos como en el Vaticano. Además estaban en contra de los regalistas y jansenistas<sup>16</sup>. Ya en 1759, fueron los jesuitas expulsados de Portugal y de sus colonias, y de Francia, en 1764. Nombró como su confesor a fray Joaquín Eleta, que no simpatizaba con los jesuitas y a Manuel de la Rosa, ministro de Gracia y Justicia, regalista también. Aunque no fue una prueba contundente, apareció una carta supuestamente escrita por el padre Ricci, general de la Compañía, en la que decía que *Carlos III* era hijo natural de Isabel de Farnesio y del cardenal Julio Alberoni<sup>17</sup>, lo que debió de influir mucho en el ánimo del rey, para disipar las dudas. Además no hay que olvidar que los jesuitas hacían lo que ellos llamaban *el cuarto voto*, que les obligaba de por vida a una obediencia ciega al Papa, lo que produjo muchas veces enfrentamientos con la Corona; los jesuitas estaban en el centro de la polémica regalista y por si esto no fuera poco, existían rivalidades entre distintas órdenes religiosas que enfrentaban a dominicos, agustinos y jesuitas en varias cuestiones, entre ellas las doctrinas morales. También estaban los “manteístas<sup>18</sup>”, contrarios al control jesuítico de las universidades, a la influencia del ministro napolitano Tanucci, contrario también a los jesuitas. Por último estaba el conflicto de las reducciones de los jesuitas, en Paraguay, que provocó la posterior guerra de los indios guaraníes.

- En este tema tengo una opinión particular si me permite nuestro maestro, me gustaría comentar – le miré mientras esperaba su respuesta que no tardó en llegar. – Adelante – dijo.

- Es mi opinión que independiente de lo que aquí se ha explicado sobre los jesuitas, el trabajo que éstos hicieron con las famosas reducciones guaraníes, fue más que bueno;

---

16 El jansenismo fue un movimiento religioso de la Iglesia Católica, principalmente en Europa en los siglos XVII y posteriores. Su nombre proviene del teólogo y obispo Cornelio Jansenio. Defiende fundamentalmente que el estado original es el estado natural del hombre.

<sup>17</sup> Primer valido durante el reinado de *Felipe V*.

18 Entre los estudiantes universitarios españoles de los siglos XVI, XVII y XVIII existía una división en las dos categorías en que cristalizó su tendencia a la división en grupos. Se dividieron los estudiantes en colegiales y manteístas; aquéllos eran los que, por gracia o mediante pago, vivían en los Colegios fundados juntos a las universidades y se distinguían por llevar una prenda especial llamada beca, nombre que se hizo extensivo a la pensión que disfrutaban. Los manteístas, llamados así por ir vestidos con el traje talar y encima el manteo (capa con cuello), vivían en casas particulares y pensiones, teniendo que realizar diversos trabajos domésticos para poder vivir.

fue extraordinario. Enseñaron a los indios guaraníes a desarrollar granjas organizadas y trabajadas por ellos mismos – enseñados por los jesuitas – construyeron templos, cultivaban de todo, fabricaban toda clase de cerámica, orfebrería, sedas, aperos para el campo, cuidaban su ganadería, y su beneficio, que no era poco, lo reinvertían en sus tierras y lo sobrante lo vendían a Buenos Aires ¡a un precio inferior al que en esa ciudad se vendían productos similares! En una palabra: eran muy competitivos y según he leído, el mercado de la zona, argentino y uruguayo, tuvo sus más y sus menos para mantenerse a flote, de tal manera que acarreó graves conflictos entre España y Portugal, pero especialmente generaron envidias como las que ha especificado nuestro maestro. Creo que fue una causa muy importante y determinante y que motivó finalmente su expulsión de España y de sus colonias.

- ¡Perfecta explicación! Yo no lo hubiera hecho mejor – exclamó el guía.

- Yo también estoy de acuerdo, tengo que reconocerlo, aunque sea de mala gana – apoyó el magister – le ruego que siga usted.

- Finalmente, el 27 de febrero – continué – se acordó la expulsión de los jesuitas en el más absoluto de los secretos. En la noche del 31 de marzo al uno de abril, pasada la medianoche, fue ejecutada la orden. Unos 6.000 jesuitas fueron detenidos y expulsados de España y de todas sus colonias. Fue un triunfo del secreto burocrático y de la precisión militar; se había tardado 14 meses en prepararlo todo. Creo que Nápoles los expulsó también ese mismo año; el condado de Parma lo hizo en 1768 y algo más tarde, Austria. Y ahora, por favor, solicito ser relevado.

- Yo tomaré el testigo – dijo el maestro mientras me felicitaba efusivamente estrechándome la mano.

- Nuestro rey se rodeó, aunque algo ya se ha dicho, de personas de mucha valía y experiencia, todos reformistas a los que llamaban “golillas<sup>19</sup>”; Grimaldi<sup>20</sup>, italiano, y de los españoles destacó a Campomanes, Floridablanca, Arriaga<sup>21</sup>, Peñaflorida<sup>22</sup>, Campo del Villar<sup>23</sup>, Olavide<sup>24</sup>, Jovellanos<sup>25</sup> y otros. Campomanes y Jovellanos impulsaron la

---

<sup>19</sup> Los llamados “golillas” eran los seguidores del absolutismo ilustrado, convencidos partidarios del programa reformista.

<sup>20</sup> Pablo Jerónimo Grimaldi y Pallavicini (1710-1789), marqués de Grimaldi, fue un político y diplomático italiano. Ministro de Estado de *Carlos III*.

<sup>21</sup> Fray Julián Manuel de Arriaga y Ribera (1700-1776) fue un marino, militar y hombre de estado español, perteneciente a la orden de Malta, gobernador interino de la provincia de Venezuela, presidente de la Casa de Contratación, Secretario de Estado, de Marina e Indias y consejero de Estado en tiempos de *Carlos III*.

<sup>22</sup> José María de Munive e Idiáquez (1729-1785) fundó la Sociedad Vascongada Económica de Amigos del País.

<sup>23</sup> Alonso Muñoz Caso y Osorio (1703-1765), superintendente de todos los pósitos de España y secretario de Estado de *Carlos III*.

<sup>24</sup> Pablo Antonio José de Olavide y Jáuregui (1725-1803) fue un escritor, traductor, jurista y político.

enseñanza primaria y las escuelas técnicas. Olavide comenzó la colonización de Sierra Morena con familias alemanas fundamentalmente, unos 6.000, según creo. Lo malo de Olavide es que fue acusado y condenado por la Inquisición por ¡166 delitos! que se dice pronto, entre ellos el de creer que la tierra se mueve; oponerse por higiene a los enterramientos en la iglesias – cosa que posteriormente prohibió *José I Bonaparte*; haber prohibido en los nuevos pueblos andaluces que se tocasen las campanas a muerto para que no se abatiese el ánimo de los pobladores que diariamente diezmaba la peste y, otras excusas totalmente estafalarias. Para mí, fue de una injusticia que clama al cielo, pero ya sabemos el papel que jugó el Santo Oficio en nuestra Patria; en muchas ocasiones sino fue injusta, fue claramente discriminatoria y hablo de los judíos y moriscos. El caso es que a Olavide le cascaron no sé cuántos años de sentencia de cárcel en la que estuvo ocho años, y no estuvo más porque se fugó a Francia. Prolifera- ron las Sociedades Económicas de Amigos del País. Se construyeron más de mil kiló- metros de caminos, 322 puentes y 1.049 alcantarillas. Se continuaron las obras del Canal de Aragón, y se comenzaron o terminaron – no me acuerdo bien – los de Castilla, Guadarrama, Alcira, Urgel y Baza. Si el progreso en el campo no fue mayor, se debió a que casi toda la tierra estaba en manos de la Iglesia – *manos muertas* le llamaban porque producían muy poco – y de los mayorazgos que no se podían enajenar, porque las grandes herencias agrícolas se tenían que mantener. El crecimiento cultural e intelectual pasó de las clases altas a las inferiores.

- La verdad es que hizo cosas positivas – apunté.

- Cierto es, pero lo curioso es que fue un monarca poco popular y poco recordado por su pueblo. Ahora, sí que se le reconoce su mérito, pero a tiempo pasado, como pasa siempre. ¿Dónde está el agua? Estoy reseco.

El guía se la trajo. – Continuo yo – dijo.

- Ahora viene lo malo; la política exterior, que fue un desastre.

- Explíquese – comentó el magister.

- Mientras vivió María Amalia de Sajonia no hubo alteración en la política de neutralidad llevada a cabo por su antecesor *Fernando VI*, como se ha comentado, pero la muerte de la reina desequilibró las cosas. Debería haber seguido los comentarios que la reina escribía a Tanucci: “Las perversidades de la Francia son contagiosas y no puede hacerse cosa mejor que estar separado de ella” y de Inglaterra: “Su altivez ha aumentado con los sucesos de la campaña, pero nunca ha hablado con amenazas. Rehúye, es

---

25 Gaspar Melchor de Jovellanos, bautizado como Baltasar Melchor Gaspar María de Jove Llanos y Ramírez (1744-1811) fue un jurista, escritor y político ilustrado. Magistrado de la audiencia de Sevilla.

cierto, la mediación concertada, pero ha declarado que aprovechará cualquier ocasión para utilizar los buenos oficios que el rey don Carlos les promete para intervenir en el asunto. Londres tiene necesidad de algún golpe contrario; de otra manera Inglaterra será intratable, creyéndose señora del mundo. Cuando esto aconteció en América, los ingleses se volvieron más tratables” y de Austria decía al italiano: “la corte de Viena haría todo el mal que pudiera a los Borbones”.

- Desde luego, esa reina tenía visión política – dijo el maestro.

- Y no como ocurre ahora – susurré. El magister me volvió a mirar con ojos malignos.

- *Carlos III* no había perdonado a Inglaterra – continuó el guía – la humillación que le había infligido cuando era rey de Nápoles. A esto se unió el contrabando que los ingleses efectuaban en América; el deseo de recuperar Gibraltar y Menorca, perdidos por el Tratado de Utrecht, y el ansia de quebrantar el poderío inglés. Francia aprovechó ese descontento del monarca español para echar más leña al fuego. *Carlos III* envió a Paris al marqués de Grimaldi para que se entrevistara con Choiseul, secretario de Guerra y Marina, y el resultado fue que el 15 de agosto de 1671 se firmó el tercer pacto de familia; unión ofensiva-defensiva francoespañola de tal forma que si es atacada una corona, ataca a la otra, y que ninguna de las dos naciones podía hacer la paz por separado. Nuestro monarca abandonó la neutralidad – se veía venir – en momento en que no había peligro para España y sí mucho, si se abandonaba. Su mayor error fue que se firmó dicho pacto cuando España era más fuerte y no tenía nada que temer de Inglaterra, mientras que Francia temía a los ingleses y necesitaba a España. Ésta escogió mal a su socio, decidiendo iniciar el conflicto bélico en un mal momento sin estar preparada para una guerra, por lo que no es de extrañar que el ministro francés dijera que era el más honroso que había obtenido en su ministerio. Como Francia ya no se sentía sola quiso chantajear a Inglaterra presentando sus reclamaciones, ligeramente modificadas, sin importarle lo más mínimo los intereses españoles. El resultado fue que cuando William Pitt, el primer ministro inglés, se enteró del pacto familiar decidió cortar por lo sano declarándole la guerra a España el 22 de enero de 1762.

- No fue mal negocio... para los franchutes – comenté.

- Inicialmente sí, pero luego se llevaron la peor parte y motivó que España perdiera mucho sin comerlo ni beberlo. Fue la Guerra de los Siete Años – añadió al maestro.

- España pretendió que Portugal se posicionara a su lado, pero ésta se negó. Para no alargar demasiado el tema diré que España invadió algunas ciudades del país vecino como la de Almeida, los ingleses fueron en ayuda de los portugueses, por lo que España tuvo que pedir ayuda a Francia. Entonces los ingleses se dirigieron contra Cuba y Filipinas, conquistando La Habana y Manila. En compensación los españoles arrebataron a Portugal la colonia de Sacramento en Uruguay, cuya lucha por su dominio venía trayendo cola desde la bula de Alejandro VI, el Papa Borgia, cuando dividió el mundo

por el Tratado de Tordesillas, en tiempos de los *Reyes Católicos*, en que los portugueses no estaban de acuerdo. Francia cansada de tanta guerra y en vista que no obtenía ventajas y que había perdido muchas colonias en el Canadá, inició conversaciones de paz, el diez de enero, el Tratado de Paris, en la que España recobraba La Habana y Manila, pero perdía la Florida y las posesiones al este y sudoeste del río Mississippi, incluida la bahía de Pensacola o Panzacola como la llamaban entonces. Francia perdió mucho más, y España protestó. Francia, entonces cedió la Luisiana, que España tuvo que conquistar en 1769. Portugal recuperó Sacramento. Cinco años más tarde los ingleses desembarcaron en la Gran Malvina<sup>26</sup>, territorio español. España pidió ayuda a Francia que se negó. Fue el primer revés para el famoso pacto de familia.

- Fue una grandiosa y espectacular guerra desastrosa, que no le sirvió a España para nada – dijo el magister. ¿Desea parar? El guía asintió con la cabeza.

- A todo esto, Inglaterra empobrecida por tantas guerras, creyó necesario que sus colonias americanas contribuyeran al gasto bélico. Estableció el impuesto del timbre<sup>27</sup> rechazado enérgicamente por sus colonos. Este impuesto junto con el té en 1773, fue el que desembocó finalmente en la Guerra de Independencia norteamericana. Al final, el cuatro de octubre de 1776, se produjo su Declaración de Independencia, lo que motivó que el rey Jorge III de Inglaterra los declarase rebeldes. Con anterioridad ya habían creado papel moneda y armado un ejército poniendo a su frente a George Washington, de todos conocidos. Volviendo a Francia, resultó que como estaba en contra de los ingleses, les proporcionó armas, dinero y oficiales a los sublevados y se apresuró a reconocerles como país independiente. *Carlos III*, apoyado por el belicoso conde de Aranda y en contra de la opinión de Floridablanca, apoyó la independencia de las colonias inglesas; se puso al lado de Francia y declaró la guerra a Inglaterra.

- ¡Otra guerra más, como si a España le faltaran! – interrumpí.

- Lo malo es que España estaba encadenada a lo que hiciera Francia – atajó el guía.

- Creyéndose continuadores del rey Prudente, *Felipe II*, Francia y España decidieron ¡invadir Inglaterra! – continuó el maestro – que un fue un verdadero desastre. La escuadra combinada volvía derrotada y en estado lamentable, sin haber disparado un solo cañonazo, sin enfrentarse a la exigua escuadra inglesa; todo por el desacuerdo

---

<sup>26</sup> La isla Gran Malvina es la segunda isla por extensión del archipiélago de Las Malvinas.

<sup>27</sup> La Ley del Sello, Ley del Timbre o Stamp Act, creada en 1765 fue una ley del parlamento británico que supuso un impuesto directo y específico para las 13 colonias inglesas que requería que la mayoría de los materiales impresos en las colonias se publicasen en papel sellado y producido en Londres, timbrados con un sello fiscal en relieve. Tenían que ser pagados en moneda inglesa. El episodio tuvo un papel importante en la definición de las quejas coloniales e inició los movimientos para la creación de una resistencia organizada que finalmente llevaría a la revolución americana de 1775.

surgido entre el almirante francés Orvilliers y el español Luis de Córdoba<sup>28</sup> por el trazo de ejecución de las órdenes, escasa capacidad de mando y similares zarandajas. Por otra parte el almirante Barceló<sup>29</sup> y el general Álvarez de Sotomayor<sup>30</sup>, sitiaron Gibraltar, en julio de 1779 defendida por George Elliot que mandaba las defensas del Peñón. Al año siguiente, la armada española, era derrotada entre Cádiz y el cabo de Santa María<sup>31</sup> por la de George Brydges Rodney, que pudo romper el bloqueo y abastecer a los sitiados, que estaban en precaria situación. En 1781, Darwy volvió a romper el bloqueo. Lo mismo hizo el almirante Richard Howe, en 1782, después de destruir las baterías flotantes – construidas por el francés Jean Claude Le Michaud d’Arçon – que los españoles habían colocado para cercar mejor la plaza. El bloqueo de Gibraltar se hizo inútil, aunque siguió el sitio hasta que se suspendieron las hostilidades. ¡Y todavía ondea la bandera británica! Pero afortunadamente, poco después, Luis de Córdoba, consiguió capturar cerca de las Azores el nueve de agosto de 1780, dos convoyes británicos compuestos por 60 barcos que se dirigían a América, con más de un millón de pesos de botín y cientos de prisioneros.

- ¡Mal rayo les parta a esos hijos de la Gran Bretaña! – exclamé sin poder contenerme.  
- Opino igual – apoyó el guía.

- Más suerte tuvo *Carlos III* en la conquista de Menorca. Un ejército mandado por el duque de Crillon<sup>32</sup> desembarcó en la cala de Mezquita, en julio de 1781. El dos de febrero del año siguiente, el general James Murray se rindió a las fuerzas españolas después de ser asediado en el fuerte de San Felipe.

- Ahora le toca a usted señor *Quemado*, tiene que hablar sobre el tema de Bernardo de Gálvez.

- Bien – comencé - como arma oculta para debilitar a Inglaterra, y desde la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América en 1776, España venía contribuyendo secretamente con Francia a los envíos de dinero y material militar desde Europa o desde La Habana y Nueva Orleans, donde Bernardo de Gálvez<sup>33</sup> era el gobernador,

---

<sup>28</sup> Luis de Córdoba y Córdoba (1706 – 1796) fue un marino y militar, segundo capitán general de la Real Armada española.

<sup>29</sup> Antonio Barceló y Pont de la Terra (1717-1797) fue un marino y militar español, almirante de la Real Armada española.

<sup>30</sup> Martín Álvarez de Sotomayor (1723-1819), conde de Colomera, capitán general de Navarra, comandante militar del campo de San Roque.

<sup>31</sup> El punto más meridional del Portugal meridional

<sup>32</sup> Luis Berton de Balbe de Quiers (1717-1796), duque de Crillon y duque de Mahón. Teniente General. Fue un militar francés al servicio de *Carlos III*.

<sup>33</sup> Bernardo de Gálvez y Madrid (1746-1786), conde de Gálvez, vizconde de Galvestón fue un militar y político español, héroe de Pensacola. General del ejército y virrey de Nueva España. Es conocida su actuación en el desembarco en Pensacola. Tras aquella, su escudo de armas siempre luciría el lema de “Yo Solo”, porque así fue cómo entró en el bastión inglés de la Florida: “El que tenga honor y valor que me siga”. El 16 de diciembre de 2014 el Presidente de los Estados Unidos de América firmó la resolución

río Misisipí arriba. Cuando quedó claro que los esfuerzos diplomáticos no prosperarían, y que Inglaterra amenazaba Manila y las costas centroamericanas, el rey decidió unirse a la suerte de Francia de nuevo. Entonces, *Carlos III* ordenó actuar con todos los medios disponibles. España, pretendía recuperar Gibraltar, Menorca, Mobile, Pensacola y Florida, y expulsar a los ingleses de Jamaica y Honduras que era importante por el palo de Campeche, que se usaba para fabricar tinte. A finales de 1779, la situación militar y económica de las colonias rebeldes inglesas era muy precaria. A la depreciación de la moneda y la inflación galopante, se unieron la falta de suministros para el ejército de George Washington y la ofensiva que los británicos lanzaron hacia los Estados del sur. En algún momento del invierno de 1779-80 se acordó en conversaciones secretas en París o en Madrid que cada país enviase un cuerpo de ejército de 10.000 hombres a América. Por parte española, el conde de Ricla<sup>34</sup> - secretario de Guerra - y Alejandro O'Reilly<sup>35</sup> - inspector de Infantería - diseñaron un plan secreto siguiendo instrucciones del ministro de Indias, José de Gálvez, tío de Bernardo. Las tropas españolas se enviarían al golfo de México. Tanto los franceses como los españoles no llegaron a tiempo para participar en las conquistas de Baton Rouge o Mobile, ni para el primer intento de ataque a Florida que realizó Bernardo de Gálvez en 1780. La figura del gobernador español de Luisiana, el tal Bernardo de Gálvez, supuso un importante avance respecto a las pérdidas territoriales de años anteriores al norte del golfo de México. En septiembre de 1779 se capturó el fuerte de Iberville, en la Florida, y en marzo de 1780 Gálvez consiguió apoderarse de Mobile. El 17 de mayo de 1781 se rindió la plaza de Pensacola al ejército español, lo que supuso la recuperación de la Florida occidental, mientras el presidente de la Audiencia de Guatemala, Matías de Gálvez -padre de Bernardo- combatía a los británicos en Centroamérica expulsándolos de San Juan de Nicaragua entre 1779 y 1781. Creo que la conquista de Pensacola, en Florida, el 8 de mayo de 1781, fue uno de los golpes más graves al poder británico en América y una contribución decisiva a la independencia de los Estados Unidos. Por la paz de Versalles firmada en 1783, España conservó Menorca y las dos Floridas pero tuvo que devolver las Bahamas a Inglaterra, y Gibraltar y Belice, al sur de Yucatán, siguieron bajo la zarpa inglesa. Aunque esta paz no fue finalmente desventajosa para España, los gastos producidos por la guerra, a la que nos había arrastrado el dichoso Pacto de Familia, había dejado a las arcas reales totalmente vacías y exhaustas; España perdió hombres, naves y muchas riquezas y todo por el absurdo orgullo de *Carlos III* ante los ingleses y un gran error de estrategia. Todo esto sumado a la derrota estrepitosa de O'Reilly, en Argel, en 1775, y las desgracias domésticas, deterioraron la salud de *Carlos III*.

---

conjunta del Congreso estadounidense por la que se le concedía la ciudadanía honoraria de los Estados Unidos, 229 años después del fin de la Guerra de Independencia estadounidense.

34 Ambrosio de Funes Villalpando Abarca de Bolea (1720-1780), conocido como el Conde de Ricla, fue un general español, virrey de Navarra y capitán general de Cuba y de Cataluña.

35 El conde irlandés Alejandro O'Reilly (1722-1794), fue el segundo gobernador español de la Luisiana, mariscal de campo y capitán general de Andalucía.

- ¿Qué opina al respecto? – largó el magister.

- Lo único positivo es que este Tratado dio a España la soberanía sobre el más amplio territorio del que nunca había poseído en América del Norte y, que en toda América el Imperio español alcanzó la máxima extensión de su historia: unos ocho millones de kilómetros cuadrados. Las sombras fueron que *Carlos III* tenía que atender ahora a dos frentes, digamos diplomáticos; por un lado tenía que seguir combatiendo a los ingleses especialmente en el mar porque seguían siendo una gran potencia marítima y, por otro, debería temer las consecuencias de la independencia de las ya antiguas colonias británicas, cuyo efecto independentista podían contagiar a las españolas en América. – Esa es mi modesta opinión.

- ¡Bravo! Y hablo por los dos cuando digo que opinamos de la misma manera – dijo el maestro. El guía hizo un signo de afirmación.

- Demos un repaso ahora – propuso el guía – a la vida cotidiana y política interna de España de aquellos años. Para mejorar la débil economía y el comercio con América, en 1778, se publicó el *Reglamento y aranceles reales para el comercio libre de España e Indias*, por lo cual se extendía la libertad comercial a todos los territorios ultramarinos, ampliando los nueve puertos españoles que poseían el derecho desde 1765 con otros cuatro: Palma de Mallorca, Los Alfaques<sup>36</sup> (Tarragona), Almería y Santa Cruz de Tenerife. En América se autorizaron 24 puertos, pero eso no disminuyó la importancia central de Cádiz. Para superar la enorme carga para la Hacienda Real que supuso la guerra y limitar en lo que se pudiera la carga fiscal se recurrió a una emisión de deuda pública en 1780, cuyos títulos eran los *vales reales*<sup>37</sup>, idea del banquero ilustrado Francisco Cabarrús<sup>38</sup>. También y para sostener el crédito se fundó en 1782 un banco nacional, el Banco de San Carlos, dirigido por Cabarrús y que fue el antecedente directo del actual Banco de España. Floridablanca llegó a la cumbre de su poder, con el visto bueno del rey, creando la *Junta Suprema de Estado*, reunión semanal del gobierno bajo la presidencia del Secretario de Estado, punto de partida de lo que hoy es el Consejo de Ministros.

- ¿Hoy no se come? – protesté.

- Es la hora, no me había dado cuenta. Invito yo – anunció el magister. Se interrumpió la tertulia y nos fuimos a comer a un restaurante cercano al Monasterio.

---

<sup>36</sup> Actual San Carlos de la Rápita.

<sup>37</sup> Los vales reales eran a la vez títulos de la deuda, que ofrecían un cuatro por ciento de interés anual con un plazo de amortización de veinte años, y que además tenían el valor de papel moneda aunque limitado, ya que los comerciantes podían negarse a aceptarlos como forma de pago y las tesorerías no podían pagar con ellos ni sueldos ni pensiones.

<sup>38</sup> Francisco Cabarrús Lalanne (1752-1810), conde Cabarrús, fue un financiero de origen francés y naturalizado español.

- La verdad es este *Carolus* fue un rey muy competente en la vida nacional, pero una calamidad frente a lo internacional – sentenció después de engullirme un solomillo que me supo a gloria bendita.

- Sí, hizo muchas cosas que todavía se mantienen, y eso en España no es nada fácil - corroboró el guía.

- Después de comer trincharemos la vida diaria, en la que también hizo muchas cosas para bien - anunció el maestro.

Reinició la reunión el magister. – Floridablanca decía en su *Instrucción Reservada* que a América no debería dársele un tratamiento diferente, sino considerarla parte de la Monarquía, al igual que el resto de los territorios, aplicando la misma política general y reformista que a la Península. En sus notas apuntaba algunas cuestiones: vigilancia la recaudación de impuestos para evitar abusos y mejorar el ejemplo del clero, que él consideraba muy negativo y contraproducente. También proponía garantizar la defensa del Imperio frente a Gran Bretaña, Portugal, Francia y los recién paridos Estados Unidos de América, porque pensaba que la América española se estaba haciendo más americana y menos española.

- Pero eso tendría que producir forzosamente el descontento de los criollos – comenté.

- Efectivamente, eso fue lo que pasó. Su identidad iba cambiando poco a poco, hasta convertirse en otro tipo de ciudadanos más abiertos a las tesis americanas y al final paso lo que pasó: se independizaron, aunque las causas fueron muchas – concretó el guía.

- *Carlos III* también eligió la bandera española – continuó - por medio de un concurso al que se presentaron hasta 12 modelos distintos y que por la que se decidió fue por la actual, primero la impuso en la Armada y posteriormente en el Ejército, ya que en muchas ocasiones, en plena batalla, no se sabía quién era quién. El actual himno español, la Marcha Real, que en su origen era una marcha militar de granaderos de su época, es también el actual. Con respecto a las costumbres de la época, variaron muchas cosas: la actitud de la mujer española, se fue haciendo poco a poco más liberal, sin caer en la falta de decoro; se toleraban especialmente a las casadas y a las nobles las salidas y paseos sin la obligada compañía del marido, asistir a tertulias, reuniones, a los toros y al teatro y por supuesto, a los cafés. Se empezó a reivindicar el derecho de los jóvenes a decidir sobre su matrimonio, independientemente de la opinión de los padres, y a la mujer el derecho a elegir marido, empezando a criticarse los matrimonios impuestos por exigencia familiar – no hay que olvidar que entonces la gran mayoría de los matrimonios eran por interés - . Tuvo un gran rechazo la enorme diferencia de edad entre el novio y la novia, aunque eso no impidió que el mismo Aranda, al enviudar con 65 años, se volviera a casar con una sobrina nieta, que tenía solo 15. Leandro Fernández de Moratín lo puso de relieve en sus comedias *El viejo y la niña*, de 1873 y *El sí de las*

niñas en 1806. El apelativo de *majas* y *majos*, *guapos* y *guapas*, *manolos* y *manolas*, *petimetres* y *petimetros* y *currutacos* también viene de aquella época, porque la moda tuvo mucha influencia. Frente a estas novedades, los moralistas clamaban al cielo, escandalizados y preocupados por la ortodoxia y la moralidad. Un ejemplo fue Luis de Bocanegra Xibaja, arzobispo de Santiago de Compostela, que hizo un llamamiento a la moralidad, amenazando con las siete plagas de Egipto, a los que no se atuvieran a las normas de aquél Régimen. El afrancesamiento, como sinónimo de modernidad, se había impuesto en las costumbres más variadas: el vestido, el calzado, el peinado, el lenguaje, el baile, las lecturas y hasta la comida. Con respecto a ésta, sólo la llamada *olla podrida*<sup>39</sup>, era de lo poco que aceptaban los extranjeros que visitaban el país. Durante el reinado de *Carlos III* hubo mujeres que destacaron en lo que hoy en día podríamos llamar “feminismo”: la condesa de Benavente<sup>40</sup>, casada con el duque de Osuna, gran mecenas de las artes y las letras, Josefa Amar y Borbón<sup>41</sup>, muy preocupada por la formación de la mujer y María Francisca de Sales<sup>42</sup>, hermana de la condesa de Montijo, dedicada a la asistencia social de pobres y marginados, especialmente mujeres encarceladas y niños expósitos. La realidad es que las cosas no cambiaron demasiado, pues la educación sólo alcanzó a unos pocos, ya que la sociedad no aceptaba tanto modernismo y en donde se concedía preferencia legal a los varones y la generalidad de las mujeres no tenían más salida que ingresar en un convento, o casarse, con o sin amor. Pero comenzaba a apuntarse algunas inquietudes. – Y paro, que otro continúe.

- Hablo yo – dijo el magister. Siguiendo con las reformas ilustradas en tiempos de *Carlos III*, decir que la sociedad siguió siendo jerárquica, muy notable fue la disminución del número de nobles, que pasó de un ocho por ciento a menos del cuatro que afectó fundamentalmente a la hidalguía. Se procedió a una revisión sistemática a los títulos de hidalguía, especialmente en el norte de la Península, donde todos se consideraban hidalgos. Primó el criterio de los servicios prestados a la Corona, pero los títulos nobiliarios, duques, condes y marqueses aumentó, por lo dicho: relevantes servicios prestados a la Corona. El rey creó su propia Orden: Real Orden de *Carlos III*, que en princi-

---

<sup>39</sup> Especie de revoltijo de todo tipo de carnes junto con garbanzos, judías, chorizo, morcilla y legumbres, todo cocido. Antecesor del actual cocido.

<sup>40</sup> María Josefa de la Soledad Alfonso-Pimentel y Téllez-Girón, duquesa de Benavente (1750-1834), fue una aristócrata española, duquesa de Osuna consorte, y mecenas del pintor Goya así como de otros artistas, escritores y científicos. Fue miembro de la Sociedad Económica Matritense.

<sup>41</sup> Josefa Amar y Borbón, (1749-1883), pedagoga y escritora española de la Ilustración. Su marido, fue el médico y magistrado de la audiencia de Zaragoza, Andrés Piquer.

<sup>42</sup> María Francisca de Sales Portocarrero, marquesa de Montijo (1754-1808). Fue traductora de libros ilustrados franceses. Su salón era uno de los más solicitados de Madrid, y al parecer era frecuentado por muchos más hombres que mujeres. En las reuniones de la Montijo se hablaba de filosofía, de arte, de matemáticas y de física, y en general se desdeñaba el comadreo y el chisme cortesano, lo que ponía en fuga a los ociosos y atraía a los intelectuales puros. Ya entrada en la treintena, María Francisca ingresó en la primera hornada de mujeres que pasaron a integrar la Sociedad Económica Matritense. Fundada en 1775, esta institución tenía entre sus objetivos la promoción de las ideas ilustradas, y más en concreto su aplicación en los campos de la educación y el desarrollo.

pio se reservaba a la nobleza estableciéndose pruebas, pero en la práctica se convirtió en un premio para la alta burocracia. Alrededor del 35% de los caballeros ocupaban cargos en la administración y sólo el 21% en el Ejército. Frente a la tradicional tentación nobiliaria de la burguesía, se trató de fomentar la mentalidad utilitaria y productiva. En 1873, una real cédula proclamaba el honor al trabajo mecánico o manual, declarando *honestos y honrados* todos los oficios, sin que el ejercerlos pudiera representar obstáculo social alguno. Prometía incluso el ennoblecimiento a quienes pudieran probar la permanencia familiar durante tres generaciones en las actividades o industriales, siempre que fuera de manera destacada con *adelantamientos notables*. La reforma fue importante; el origen burgués dejaba de ser un impedimento para la ascensión social y pasaba a convertirse en una de las vías de promoción y engrandecimiento. La condición de artesano dejó de inhabilitar para el gobierno municipal; muchos ricos labradores que monopolizaban los cargos en los ayuntamientos, tuvieron que admitir la competencia de artesanos, lo que produjo bastantes cambios en la gestión municipal. Para Jovellanos, *Carlos III* “sembró en la nación las semillas de la luz que han de ilustrarnos y os desembarazó los senderos de la sabiduría. Tú has hecho respetar las tiernas plantas que germinaron, tú vas a recoger su fruto y este fruto de ilustración y de verdad será la prenda más cierta de la felicidad”.

- Pero me imagino que una cosa sería la norma y otra la realidad. Es el caso de ahora, que sin grandes estridencias y fijándose detenidamente, todavía existen diferencias entre los trabajos manuales y los que no lo son, y han pasado más de 200 años. No se podían acometer todos esos cambios de los que ha hablado a la vez, era mucha tela – comenté.

- Tiene toda la razón – respondió el orador – aunque hubo bastantes casos de burgueses ennoblecidos en las principales ciudades mercantiles e industriales como Cádiz, Barcelona y Bilbao. Se intentó y, consiguió a medias, la igualdad de oportunidad para ejercer todo tipo de artes y oficios a los hijos ilegítimos; se aumentó la seguridad de los trabajadores y la responsabilidad de los maestros y jefes, en casos de accidentes laborales. Las reformas alcanzaron, como no podía ser de otra manera, a los espectáculos públicos; a su llegada al trono, el rey autorizó las representaciones públicas, que se hallaban prohibidas, pero en 1765, en contra de los gustos populares, prohibió los autos sacramentales<sup>43</sup> y las comedias de santos, por respeto a la religión, pero también por parecer poco adecuado desde el punto de vista ilustrado y por los problemas de orden público, lo que llevó a dictar medidas para asegurar la tranquilidad en los espectáculos, en los toros, en el teatro y sobre todo en los bailes de disfraces, que fueron prohibidos con escaso éxito. Por el tema de los espectáculos públicos, los políticos re-

---

43 Un auto sacramental es una pieza de teatro religioso, más en concreto una clase de drama litúrgico, de estructura alegórica y por lo general en un acto, con tema preferentemente eucarístico, que se representaba el día del Corpus entre los siglos XVI y XVIII hasta la prohibición del género en 1765.

formistas se enfrentaron con la Iglesia. Aranda, con el respaldo de Campomanes volvió a autorizar los bailes de máscaras, pero el arzobispo de Toledo, Luis Fernández de Córdoba, los prohibió por completo. Otro cambio importante fue la revisión del concepto de limpieza de sangre y la diferente actitud ante los judíos. En aquella época el único grupo de judíos conversos fue el de los chuetas o *xuetes* mallorquines, descendientes de los criptojudíos que habían sido condenados por la Inquisición. Eran mercaderes que vivían en Palma de Mallorca, en una pequeña y cerrada sociedad endogámica isleña, concentrados en el barrio de la Call. Aunque oficialmente no existía discriminación, realmente había recelos contra ellos que los mantenían marginados. Después de varias intentonas de quejas ante *Carlos III*, en 1782 se puso fin a la segregación que padecían; se les permitió elegir lugar de residencia, se prohibió los insultos y las injurias contra ellos, podían desempeñar cargos civiles o militares y ejercer el oficio que quisieran.

- Seguro que volvió a pasar lo mismo ¿O no? – señalé – aunque oficialmente no habría problemas, la sociedad mallorquina, con lo cerrada que es, seguro que guardaría la animadversión contra ellos y que en momentos de crisis, los ataques en su contra se reprodujeron; además el tema de los judíos ha sido siempre un tema vidrioso y con muchas complejidades y resquemores, ya desde mucho antes de su expulsión por el *Reyes Católicos* en 1492.

- Coincido con usted *Quemado*, la historia siempre se repite – apuntó el guía. – Para desgracia nuestra – puntualicé.

- Y con el tema de los gitanos, pasó tres cuartas partes de lo mismo – tomó la palabra el guía – existían contra ellos muchos prejuicios y la opinión general les era muy contraria, acusándoles de toda clase de engaños y delitos; no se comprendía ni aceptaba su vida nómada ni sus diferencias culturales, - pienso que igual que ahora -, pero durante el reinado de nuestro rey protagonista, se publicó una pragmática que les declaraba ciudadanos de pleno derecho, afirmando que no procedían de *raíz infecta alguna*. Se les habilitaba para todos los trabajos y se les permitió, para su integración en la sociedad, el alto precio de sacrificar su identidad como pueblo y su estilo de vida propio, pues se les prohibía el nombre de gitanos y el uso de *su lengua, traje y método de vida vagante*. En resumen: las reformas ilustradas de *Carlos III*, que nunca se plantearon radicalmente, habían conseguido mejorar en bastantes cosas la vida de los españoles, a pesar de las limitaciones e inercia contra las que tuvo que enfrentarse. Sus seguidores, a excepción de su hijo *Carlos IV* y alternativamente de *Fernando VII*, siguieron esa pauta, que con mayor o menor fortuna se puede decir que el progreso fue innegable y continuaría imparable.

- Ya queda sólo hablar de la vida personal y de los últimos años del monarca. Aunque es tarde, ¿quién lo va a hacer?

- Yo mismo – anuncié. Procuraré ser lo más breve posible.

- La afabilidad que *Carlos III* demostraba hacia sus servidores no menoscaba su autoridad, sino que la reforzaba, poniendo de manifiesto su autodomínio y moderación. Era un hombre limpio, exterior e interiormente, no aguantaba una mancha en su traje, aunque siempre vestía con una gran modestia. Dicen que en cierta ocasión cuando su ayuda de cámara, Almerico Pini, le rompió el encaje al quitarle la camisa, le dijo sin molestarse: *Poca maña, amigo, poca maña*. Jamás levantó la voz, ni profirió palabras fuertes ni altisonantes. En otra ocasión, durante la comida, el rey llevaba un rato esperando que le llenaran la copa. El mayordomo mayor, marqués de Montealegre, Diego Ventura de Guzmán y Fernández de Córdoba, se enfadó con el copero mayor cuando éste apareció corriendo y azorado. El rey, percatado de la situación, dijo al marqués: *Montealegre, déjale al pobre; ¿te parece que no lo habrá sentido él más que yo?* Diariamente, el rey nombraba a cuatro gentiles hombres para el servicio de su cámara. Había tres que se desvivían por ser nombrados y que padecían de ciertos defectos, sino desagradables, sí eran incómodos para tenerlos en el servicio íntimo: uno por su mal aliento, otro porque cometía demasiadas torpezas, y el tercero porque no paraba de toser. A las recomendaciones que le hacía el sumiller, duque de Losada, José Fernández-Miranda Ponce de León<sup>44</sup>, para que apartara del servicio a esas personas, el rey respondió: *Déjalos hombre ¡Los pobres tienen tanto gusto en ello! Y es que Carlos III tomaba gusto a las personas y a las cosas, sin querer desprenderse de ambas, prueba de ello es que en la faltriquera de la casaca solía llevar pequeños objetos que había utilizado en su infancia. Cuando después de 30 años de uso, le rompieron la taza de porcelana china en la que todos los días tomaba el chocolate, llevándose un gran disgusto. Su frase era: A nadie abandono y nadie debe abandonarme.*<sup>45</sup> La aversión que *Carlos III* sentía por las caras nuevas llegaba a extremos insospechados. Nada más llegar a Madrid solicitó a Francia que relevaran a su embajador, marqués de D'Aubeterre, Henry Joseph Boucard d'Esparbés de Lussan d'Aubeterre, no porque tuviera quejas de él, sino por estar habituado al embajador de Francia en Nápoles, el marqués de Ossun, cuyo nombramiento lo obtuvo de inmediato. Muerta María Amalia de Sajonia, no quiso *Carlos III* volver a casarse, aunque tenía 44 años de edad, queriendo pagar ese tributo de amor a la virtuosa esposa que había tenido. En 28 años su viudedad fue inquebrantable; la maledicencia cortesana, tan atenta a escudriñar e interpretar los movimientos de los reyes, no pudo encontrar la más ligera apariencia que empañara su reputación en esa materia. El mismo monarca se vanagloriaba de ello al haberse conservado toda su vida fiel a su mujer, cosa muy escasa entre sus antecesores.

---

<sup>44</sup> Teniente General del Ejército.

<sup>45</sup> En la película "Esquilache", dirigida por Josefina Molina, el rey dice esa misma frase en la escena en la que va a ver a Esquilache para comentarle el episodio del motín.

- No me extraña, no más hay que ver los hijos bastardos que tuvieron *Fernando I el Católico*, *Carlos I* y *Felipe IV*, y de *Felipe II* existen muchas dudas y eso por no hablar de *Enrique IV el Impotente*, que no se yo hasta qué punto lo era, pues recientes estudios han demostrado que no lo era – apuntó el maestro con cierta sorna.

- Entonces ¿Cómo queda Juana *la Beltraneja*<sup>46</sup>? ¿Era o no hija suya? Y Beltrán de la Cueva ¿Qué papel tiene en todo esto? - pregunté.

- La verdad es que no lo sé, quizá el tal Enrique tuvo otros hijos, que la historia no ha podido desvelar – respondió.

- Pues si hablamos de ese tema, - atajé - podemos estar hablando de *Isabel II*, *Alfonso XII* y *Alfonso XIII*. Esto de la fidelidad no ha sido muy compatible con los reyes españoles...

- Bueno, señores tertulianos - comentó el guía – falta poco tiempo para cerrar y éste no es el tema que nos ocupa ahora. Es un tema para hablar durante mucho tiempo.

Todos echamos una carcajada.

- Hablábamos de la fidelidad de nuestro protagonista. Bien, - continué – pues bien, poco después de fallecer su esposa, ordenó que le cambiaran el lecho por uno más duro y por la noche, cuando le tentaba la carne – risas – se levantaba y paseaba descalzo por su cámara.

- ¡Hay que ver, que personaje! – dijo el maestro.

- La caza, como casi todos los Borbones, era para *Carlos III* su mayor pasión. En ella, invertía la mayor parte de su tiempo y más dispendios de lo que era prudente en un monarca, que deseaba desterrar la ociosidad de su reino y hacer a sus súbditos más laboriosos. Invariablemente, antes de las tres abandonaba el palacio camino de los cotos de caza, sin importarle el tiempo que hiciera.

---

<sup>46</sup> *Enrique IV* de Castilla, tuvo una hija, Juana, que no se sabe realmente con fundamento si era suya o de su valido Beltrán de la Cueva. La historiografía menciona el hecho que Enrique era impotente. En cualquier caso, Juana, era heredera al trono de Castilla, razón por la cual se generó una guerra civil, en un bando estaban los partidarios de la Beltraneja y en el otro los de su sobrina *Isabel, la Católica*, quien fue la que al final se coronó como reina de Castilla y su tía Juana pasó el resto de su vida en el monasterio de Santa Clara de Coímbra.



*Carlos III de caza*

Lo acompañaban su hijo Carlos – *Carlos IV* – el capitán de su guardia, el caballero mayor, su gentilhomme de su cámara, su médico y su cirujano, en cinco carruajes y seguido por otro con las municiones, medicinas, escopetas, comida y la ropa necesaria. Como cada carruaje iba tirado por seis mulas y siendo la velocidad de marcha unas 12 millas a la hora, era necesario puestos de relevo para los tiros y para los guardias por lo que el número de caballerías que se necesitaban todos los días eran unas 200. Tenía otros 200 hombres que levantaban la caza dirigiéndola en donde estaba él y el príncipe de Asturias, siempre acompañados con un buen número de sirvientes que le cargaban las escopetas y rápidamente se las pasaban para que pudieran disparar con la máxima rapidez. O sea, que se organizaba un espectáculo digno de ver. Es curioso observar que era un gran amante de la naturaleza; sufría cuando se cortaban los árboles; cuando se construyó el camino de Madrid a El Pardo, hubo que hacer un trazado sinuoso para evitar talar las encinas y cerca del palacio se dejó una sin cortar, en medio del camino, formando una plazuela para no cortarla. Pero lo más llamativo es que en el fondo no le gustaba, dijo confidencialmente a uno de sus gentilhommes: *Si muchos supieran lo poco que me divierte a veces con la caza, me compadecerían más de lo que podrían envidiarme esta inocente diversión.*

- O sea que no le gustaba talar árboles, pero le traía sin cuidado “talar” todo tipo de caza – insistió el magister – esto me recuerda a Hitler que era defensor acérrimo de los animales, pero no dudó en liquidar a varios millones de judíos y gitanos y demás paisaje que no le gustaba.

- ¡Hombre! ¡Esto de comparar a *Carlos III* con Hitler no me parece muy apropiado y además los mezcla con Juana *la Beltraneja*, porque su padre era... – protesté.

- Señores: no tiene nada que ver *Carlos III*, Juana *la Beltraneja* y Hitler, todos revueltos. Esto está degenerando. ¿Volvemos mañana? – indagó el guía.

Todos estuvimos de acuerdo. Yo me acurrugué donde la noche anterior y los otros se fueron cada uno por su lado. Esa noche, como la anterior tomé lo que me quedaba de la butifarra y bebí el escaso vino que tenía. Tampoco sentí mucho frío.

Al día siguiente comenzamos de nuevo, advirtiéndole seriamente al guía: “Hoy tenemos que acabar por obligación, que esto está siendo más largo que una misa, sermón incluido”. Comenzó a hablar él.

- *Carlos III* era muy puntual, tanto en sus obligaciones como soberano, como en sus distracciones y recreos, incluso en los más necesarios actos de la vida humana.

- O sea, aunque sea una ordinariez, hacía sus necesidades siempre a la misma hora ¡Que puntualidad más pulcra! - señaló el maestro.

- ¡No empecemos otra vez! – manifestó nuestro guía con algo de enfado.

- Más de una vez – continuó el magister - se le veía con la mano en el picaporte de la puerta esperando que fuera la hora justa para recibir a los que esperaban fuera. Si por casualidad, se adelantaba, y alguno de los que venía a saludarle llegaba después que él hubiera salido, decía: *amigo, yo he faltado y no usted, porque la hora indicada no ha dado aún*. Pero si el impuntual era uno de los habituales, no le dirigía la palabra, y el silencio era peor que cualquier reprimenda. Siempre comía lo mismo. El duque de Medinaceli, Luis Francisco de la Cerda y Aragón, que había sustituido a Montealegre en el cargo de mayordomo mayor, creyó que debía cambiar el menú, sirviendo al rey una comida no habitual, *Carlos III* apenas probó bocado y al levantarse le dijo: *Medinaceli ya has visto, no he comido nada*. Nunca más el duque intentó cambiar el menú. La cena seguía la misma costumbre, siempre lo mismo. Su horario diario era siempre igual, todo a la misma hora, sin retraso alguno. Pese a su avanzada edad, había conseguido vivir casi sin enfermedades y su salud parecía ser todavía robusta. La caza y su metódica y regulada conducta, le habían dotado de una complexión sana. Pesadumbres y fallecimientos familiares minaron su salud. Su hijo, Fernando IV, rey de Nápoles se había casado con María Carolina, hermana de María Antonieta. Al ocupar el trono napolitano, María Carolina tenía 15 años y un carácter fuerte, voluntarioso e irritable. A su esposo lo trataba con desapego y de forma inconveniente, y éste, de carácter débil, se sometió totalmente a los caprichos de su esposa. Por otra parte, Fernando llevaba una vida escandalosa, pululando en su entorno personas de mala reputación. Había juegos prohibidos y bailes indecorosos, entregándose Fernando a diversiones impropias de un monarca. Las noticias llegaron rápido a *Carlos III*, que se vio obligado a reprender a su

hijo: *Nunca hubiera creído que llegase a tanto el desorden, la indecencia, ni el peligro que podrá resultar a tu salud y crédito en el mundo, que es el objeto más importante que tienen los hombres, especialmente los soberanos.* Nuestro rey contaba sus penas a su amigo y ministro Tanucci en Nápoles, que nunca dejó de cartearse con él a lo largo de toda su vida. A causa de este incidente la salud de *Carlos III* siguió deteriorándose. Su hermano Luis, acompañante de sus cacerías, murió en 1785. La afición del infante a las mujeres le llevó a contraer una grave enfermedad, que fue del dominio público. Para ordenar su vida, Carlos proyectó casarle con su sobrina, la infanta María Josefa Carmela, de 32 años, pequeña y nada agraciada, pero la infanta se enteró de la enfermedad incurable que padecía su tío y se negó a casarse con él. Entonces, Luis decidió casarse con una mujer de más humilde condición y más pobre que las ratas; María Teresa Villabriga y Rozas, hija de los condes de Torresca, nobles de segunda fila. *Carlos III* dio su consentimiento, si bien, por expreso deseo suyo, los hijos que nacieran sólo podrían usar el apellido Villabriga, teniendo los cónyuges que vivir fuera de la corte. Fueron a Arenas de San Pedro, en Ávila. No hay que olvidar que para *Carlos III* la nobleza era casi sagrada. Curiosamente una de las hijas que tuvieron, María Teresa se casaría con Manuel Godoy en 1797.

- ¡Vaya familia! El padre, casi un santo, y los hijos unos golfos – dije.

- La vida da muchas vueltas – añadió el guía retomando la explicación – *Carlos III* tenía otro hijo, Gabriel, que era el preferido de su padre porque era estudioso y amaba la música, pero cuando tenía unos 30 años, falleció, su mujer, María Ana Victoria, hija mayor de los reyes de Portugal también falleció y poco después su hijo José Carlos, o sea que sólo le quedaba Carlos – *Carlos IV* - con el que no se llevaba muy bien.

- ¿Sabe la anécdota sobre una curiosa conversación que tuvieron Carlos padre y Carlos hijo en donde se ve la ingenuidad del hijo? – preguntó el maestro.

- No – contestó el guía. Yo tampoco- dije.

- En cierta ocasión, teniendo Carlos hijo unos 16 o 17 años, le preguntó a su padre si era verdad que una reina casada no podía tener relaciones sexuales con un hombre fuera o no de sangre real, a lo que el sorprendido padre sólo le contestó: *Hijo mío, tú eres idiota.*

- Y llevaba toda la razón, porque hay que ver la vida que llevó María Luisa de Parma<sup>47</sup>, de amante en amante, se le podía incluir en los personajes de los que hablábamos antes. Creo que fue una premonición – señalé.

- Sigamos caballeros, que es para hoy – volvió a protestar el guía – Débil, achacoso, dominado por la melancolía hereditaria, triste y amargado, el espíritu y las fuerzas de

---

<sup>47</sup> Fue la esposa de *Carlos IV*.

*Carlos III* se fueron consumiendo. Floridablanca, hábilmente, le pedía que abandonase El Escorial, pues el tiempo empezaba a ser desapacible, el rey dándose cuenta de las intenciones del ministro le respondió: *Déjate de aprensiones Moñino; pues qué, ¿no sé yo que dentro de pocos días me han de traer de vuelta aquí, para continuar una jornada mucho más larga entre estas cuatro paredes?*

Instintivamente, los tres miramos la tumba del rey, nuestro protagonista. Hubo un silencio atronador.

- El rey siguió despachando los asuntos de Estado, saliendo al campo cuando hacía buen tiempo, con su casaca parda, su enorme sombrero y más encorvado y pequeño que nunca. Finalmente abandonó El Escorial destino Madrid, ya muy macilento y quebrantado. A los pocos días de su llegada sufrió un ataque de fiebre. Los remedios empleados no consiguieron que la fiebre bajara. Se le administraron los Santos Sacramentos. Esa tarde se procedió a la lectura de su testamento, ante el silencio de los presentes y la emoción, apenas contenida, de Floridablanca.



*El conde de Floridablanca*

*Carlos III*, se dio cuenta y le dijo: *¿Qué creías? ¿Qué iba a ser yo eterno? Es preciso que todos paguemos el debido tributo.* *Carlos III* se despidió de sus hijos y dio algunos consejos al príncipe de Asturias. Floridablanca acercó su rostro al del monarca y le llamó tres veces: “¡Señor! ¡Señor! ¡Señor!”. Como no le respondía, puso un espejo junto a su nariz y su boca, y al no empañarse, dio público testimonio del fallecimiento. El sumiller de corps salió de la alcoba y anunció al capitán de guardia: “El rey ha muerto”. El capitán respondió: “¡Pues el rey viva! ¡Guardia doble a nuestros príncipes, nuestros nuevos soberanos!”. Rompió el bastón de mando en dos partes y las colocó sobre el rey fallecido. Después se amortajó el cadáver con traje de gala, pero no lo embalsamaron, pues el rey lo había prohibido expresamente en su testamento. Había expirado cerca de la una de la madrugada del 14 de diciembre de 1788, a los 73 años y 29 de reinado

en España. El cadáver fue llevado al Escorial después de ser expuesto al público durante tres días.

- Y aquí sigue, espero – finalicé.

- Había muerto un gran rey, uno de los más grandes monarcas de la historia de España, uno de los más grandes soberanos de la Europa del siglo XVIII. Con él moría toda una época, en que a pesar de todo, en España habían dominado las luces pero seguiría otra época diferente en donde dominarían las sombras, pero eso... es otra historia - concluyó el guía.

El maestro se dirigió a mí. - ¿A qué muerto va a visitar ahora?

- Decídalo usted. - Pues verá, por aquello de las juergas, me gustaría ir a la tumba de *Isabel II* o a la de *Alfonso XII*, no lo sé. ¿Están aquí?

- Sí – concretó el guía. - Pues nos veremos los tres de nuevo en este pudridero.

Dándonos las gracias, nos despedimos definitivamente.

### **Bibliografía**

RÍOS MAZCARELLE, Manuel. Diccionario de los Reyes de España.

PÉREZ SAMPER, María de los Ángeles. Carlos III.

ENCICLOPEDIA.